

Carmen Amil

10 días
para

Año Nuevo

Un libro
para leer en una tarde,
que te llevará de vuelta
al espíritu navideño
de Christine y Jaime

10 días para
Año Nuevo

Carmen Amil

Título: 10 días para Año Nuevo

© 2019, Carmen Amil

© De los textos: Carmen Amil

Portada: Fausto González

Créditos de la imagen: Ian Schneider en Unsplash.

1ª edición

Todos los derechos reservados

Para ELLAS, que me han dado la inspiración y las ganas.

Prólogo

Mi novio era un buen chico. De verdad que sí. Mis amigas estaban encantadas con él. Tuvieron con él un flechazo desde que los presenté a los pocos meses de empezar a salir juntos y, no mucho tiempo después, estaba integrado dentro del grupo. Era encantador, no se perdía una cena cuando quedábamos todos y se mantenía al margen cuando la quedada era “sólo para chicas”. Ni siquiera me mandaba un *Whatsapp* para preguntar si volvía a casa para cenar.

Porque esa es otra: Como ya estábamos los dos muy –MUY– cercanos a la treintena, nos fuimos a vivir juntos cuando no llevábamos juntos ni ocho meses. Podría pensarse que a mis padres, muy chapados a la antigua, una convivencia tan prematura no iba a hacerles mucha gracia, pero no fue así. Dani, que así se llamaba mi chico, supo ganárselos desde el primer momento. No sólo era el novio perfecto: También era el yerno perfecto. A sus ojos, yo no podía haber elegido mejor. Dani era abogado laboralista, trabajaba en uno de los despachos más potentes de la ciudad, en su tiempo libre colaboraba con una protectora de animales y, para regocijo de mi señora madre, usaba jerséis de pico y camisas de seda de todos los colores. Para colmo, jamás decía que no a una comida familiar, por mucho que supiera que mi tía abuela Rigoberta, que tenía algún que otro pelillo puntiagudo en la barbilla, le iba a freír a besos que le iban a dejar la mejilla irritada durante un mes.

– Ay, Elisa, hija, no le dejes escapar –me repetía mi madre, una y otra vez.

– Si es que es un partidazo –solía matizar mi padre.

Yo asentía con la cabeza, muy efusiva, pero cada vez menos convencida. Y es que sí, Dani era el novio perfecto. Demasiado perfecto. Y, como tal, al año y medio empezó a lanzarme señales evidentes. Que si pararnos “casualmente” delante de una joyería que tenía expuestos anillos de compromiso que harían las delicias de Jennifer López, que si mirar embobado anuncios de pañales...

–Mira qué mono es –decía cada vez que aparecía un bebé rosadito en la tele–. Y qué sonrisa tiene.

–No me extraña que sonrías, a saber el regalito que les habrá dejado a sus padres en ese pañal que anuncian.

–Anda, mujer, imagínate uno así, pero nuestro. Con mis ojos y tu pelo...

–Nos saldrá con mi miopía y tus entradas. Fijo.

–¡Oye! ¡Que yo no tengo entradas!

Pero sí que las tenía, igual que yo tenía que llevar las gafas de pasta porque no toleraba bien las lentillas. Como no quería discutir, yo solía cambiar de canal, aunque muy pronto quedó en evidencia que Dani y yo queríamos cosas muy distintas de la vida. A los dos años de relación yo empecé a notarle muy nervioso y, como me estaba oliendo el pastel, me dedicaba a rebuscar entre sus cosas cuando no estaba en casa. Así, como en las pelis de sobremesa, encontré una caja cuadrada dentro de su chaqueta, envuelta en papel de regalo plateado. Ojalá me hubiera emocionado, de verdad. Ojalá saber que ese hombre maravilloso y perfecto al que todo el mundo adoraba quería pasar el resto de su vida conmigo me hubiera llenado de orgullo y satisfacción. Pero cuando rasgué el papel, abrí la caja y me encontré con aquel pedrusco que podría competir en dimensiones con Gibraltar, me entró una crisis de pánico. Y lo tiré por el váter.

Sí, arrojé al inodoro el anillaco con el que mi novio pretendía pedirme matrimonio. No contenta con eso, tiré de la cisterna. Tres veces. Porque el muy... no quería irse por el desagüe. Al final tuve que resignarme a que mi destino no iba a querer desaparecer de mi vista, igual que aquel

anillo terco que, como no podía ser de otra forma, tuve que sacar del fondo de mi retrete enfundada con unos guantes y tragándome toda mi dignidad.

Después del numerito que, gracias a Dios, no presenció nadie, esperé a Dani sentada en una silla de plástico de la cocina, con la cajita sobre la mesa. Sin tocarla, como si quemara. Cuando al fin llegó ni siquiera se fijó en ella, sólo me dio un beso casto, como siempre.

–Menudo día de trabajo, Elisa. Hemos tenido un cliente que... –Al fin, se dio cuenta de que estaba demasiado rígida–. ¿Pasa algo?

Señalé la cajita sin abrir la boca.

–Vaya. Pensaba darte una sorpresa durante la cena de empresa.

Pensar que iba a declararse delante de sus compañeros del bufete aún me provocó más rechazo. Los círculos del infierno de Dante debían estar llenos de gente que pedía matrimonio de formas horribles y horterías como, por ejemplo, en medio de una cena de empresa. Supongo que fue por eso por lo que se me soltó la lengua y le comuniqué mi decisión de la peor forma posible. Mala excusa. Lo sé.

–Dani, tenemos que hablar. Yo es que no me quiero casar.

–Mujer, no tiene por qué ser ahora. Podemos esperar al año que viene. Si además se va a jubilar uno de la junta directiva y es probable que...

–Que no, que no me quiero casar y ya está. Ni ahora, ni el año que viene.

–¿Y el siguiente?

–Que no.

–¿Y si esperamos a que sea año bisiesto?

–¿Por qué leches iba yo a querer casarme en año bisiesto...? Mira, déjalo. Que no me quiero casar, Dani.

Él cogió la cajita y se la guardó en el bolsillo de la americana.

–Ea, pues ya está solucionado el problema –dijo, visiblemente molesto–. Ya no hay anillo, no hay boda.

–Pero ¿a ti te parece bien que no nos casemos?

–Claro. Ya cambiarás de opinión.

Había que ver la capacidad que tenía para sacarme de quicio.

–Que no voy a cambiar de opinión.

Él se encogió de hombros y se puso a prepararse un café a pesar de que ya eran cerca de las ocho de la tarde, porque en su perfección absoluta, ni siquiera la caféina le quitaba el sueño.

–¿Me has oído?

–Sí, Elisa, te he oído.

–¿Y?

–Y... ¿qué?

–Que qué te parece.

–Que aún eres joven. Ya se te pasará.

–Pero si sólo tienes siete meses más que yo.

–Estoy cansado, Elisa. ¿Podemos hablarlo mañana?

De pronto la que se sentía cansada era yo. De que me llamara por mi nombre completo en lugar de Eli, como todo el mundo. De su condescendencia y su manía de hacerme creer que iba a cambiar de opinión como si él tuviera la verdad universal sobre mis sentimientos y mi manera de ver el futuro. Y así, de un momento a otro, decidí de forma unilateral que no podía seguir con alguien que tenía unas aspiraciones y una forma de entender las relaciones tan distinta a la mía.

–Creo que es mejor que lo dejemos.

–Sí, anda. Mejor lo hablamos en otro momento.

–No, digo que mejor dejamos lo nuestro, Dani. Esto no funciona.

Una se esperaría, no sé, súplicas, llantos, que se arrancara a cantar por Jose Luis Perales... pero no pasó nada de eso. Porque Dani, ante todo, era una persona racional y cero pasional. Cero, cero. Frío como un témpano.

Una semana después me llevé las cosas de aquella casa y volví con mis padres, decidida a hacer todo aquello que sentía que no podía hacer por estar atada a una relación estable. Autoimposiciones, supongo, pero, de cualquier modo, le di un último adiós mental a Dani y me preparé para dedicarme a mi auténtica pasión.

Capítulo 1

15 de diciembre.

Librarme de mis ataduras me salió redondo. Si es que ya intuía yo que no estaba hecha para relaciones serias.

En casa de mis padres aguanté el tiempo justo para poner un orden un par de asuntos. El primero, vender casi toda mi ropa y las cosas que había ido comprando durante el año y nueve meses que conviví con Dani. A saber: un escritorio y una estantería de Ikea. Con los no muy elevados ingresos que saqué de todo eso me compré el primer billete de avión a Estambul y me fui a recorrer el mundo sola. Bueno, quizás el mundo no, porque obviamente es muy grande, pero sí quería conocer gran parte de Europa. Cuando acabé filología inglesa había comenzado con ese propósito que tenía en la cabeza desde que tenía uso de razón, pero lo aparqué al conocer a Dani en una copistería. Así de romántico fue nuestro comienzo. Haciendo fotocopias, él sobre un informe pericial y yo de unos documentos que tenía que traducir. Si es que ya nuestro comienzo nos auguraba mal futuro. ¿Cómo les explicas a tus nietos que la primera conversación que tuviste con su abuelo fue el precio de las copias en digital?

En fin, que empecé en Estambul con esos ahorrillos que tenía y, desde ahí, me fui desplazando hacia el oeste. Atenas, Bucarest, una escapada a Londres entre medias para ponerle cara a mi *ciberamigo* Caleb, Sofía, Praga, Budapest e incluso una parada en Kosovo. Dormía en cualquier parte, comía lo que pillaba y sólo llevaba conmigo una mochila con lo fundamental. Me hice experta en conseguir billetes de tren en cuarta clase, y en trabajar de camarera, de forma subrepticia y sólo durante períodos cortos de tiempo en tugurios extraños, donde me pagaban cuatro duros que, al menos, me servían para seguir con mi periplo europeo. A la altura de Praga me cansé y, como comenzaba diciembre, pensé que era buena idea hacer un stop en mi camino, volver a casa, pasar las navidades en familia y dormir durante unos días en mi colchón bien mullidito. Ya seguiría con el viaje en enero con las vértebras en su sitio.

En qué hora tomé esa decisión, dios mío.

La primera cena navideña siempre era la de los amigos. A nuestra edad resultaba complicado cuadrar una cena más allá del día diez. Por aquello de que después empezaban los reencuentros familiares, las cenas de empresa y demás obligaciones sociales. Solíamos quedar en un restaurante del centro, siempre el mismo, porque nos pillaba más o menos bien a todos, en torno a las siete de la tarde. Para cuando llegaban las nueve y media, hora oficial de la cena, algunos ya estábamos cantando villancicos con el dueño del local. Hubo un año en el que un amigo ni siquiera llegó a sentarse a cenar. Salió de fiesta directamente mientras a los demás nos servían los entrantes. Un crack, el tío.

Ese año celebrábamos la primera cena de amigos a la que yo acudía sin Dani después de nuestra ruptura. Éramos, entre mis amigas, parejas, amigos de parejas y algún que otro hermano acoplado, unos quince. Y la conversación de las catorce personas restantes, desde el vino de las siete hasta que comenzamos a cenar, giró en torno a mi ex.

—No me puedo creer que le hayas dejado, tía.

La que hablaba era Soraya, mi mejor amiga. Estábamos en un pequeño corrillo con otra amiga, lejos del resto y pegadas a la barra, cada una con una copa en la mano.

—Pues ya ves, cosas que pasan.

—Pero ¿te engañó o algo?

Yo alcé una ceja. ¿Desde cuándo el primer motivo para dejar a alguien por voluntad

propia era que me hubieran engañado?

–No, Sori, no me engañó.

–¿Entonces?

–Si es que era un partidazo –intervino Carla, la otra amiga en discordia.

–Oye, ¿tú no habrás hablado con mi padre?

–No, no. Pero es que era un partidazo –repitió–. Con su trabajo, su pisazo, su cochazo...

–Hay que ver qué *profundaza* eres, Carlita, de verdad.

–Eso, eso, es que eres de un materialista... –pinchó Soraya–. Anda, cuéntanos qué ha pasado.

–Que no quiero hablar de eso. Si ya lo hemos dejado hace un montón de meses.

–Pues dicen que él lo está pasando fatal.

–¿Dicen? ¿Quién lo dice, Carla?

–Lo he oído por ahí...

–Mira, da igual. ¿Podemos cambiar de tema?

Pero ellas nada, erre que erre.

–Yo no sé de dónde te has sacado eso –intervino Soraya–. A mí me ha dicho mi chico que le vio por ahí el otro día muy acaramelado con una rubia.

–Seguro que tiene el pelo bien liso –bromeé yo, tirándome de uno de mis enmarañadísimos rizos y ajustándome sobre la nariz las gafas de pasta–. Y verá bien. Así se asegura de tener una descendencia a medida.

Me miraron las dos como si fuera una extraterrestre.

–¿Seguro que estás bien?

–Ay, Sori, no seas pesada. Que sí. ¿Os he contado ya que en Praga tuve que compartir habitación con...?

–Pero cómo va a estar bien, Soraya. Si sólo hay que verla.

Me pregunté por un momento a qué se referiría Carla, pero luego comprendí que me daba igual. Yo lo único que quería era olvidar a mi ex y dejar de darle vueltas a una relación que, para mí, estaba abocada al fracaso desde el principio. Pero como no conseguí desviar la atención en ningún momento, cené lo más rápido que pude y hui de aquel calvario.



Aún con el mal sabor de boca que todo el tema de la cena con mis amigos me había dejado, y solo cuatro días después, tuve un conato de encuentro familiar. La tía abuela Rigoberta, la de los pelillos puntiagudos en la barbilla, apareció por casa de mis padres con unos pasteles para merendar.

–Oye, Elisa, ¿qué haces aquí sola? ¿Dónde está Daniel?

–Pues no lo sé. En su casa, supongo.

Qué hartita estaba ya de haber perdido mi identidad como persona. Qué rabia me daba haberme convertido sin querer en la pobre mujer abandonada por su pareja. Agh.

–Es que lo han dejado –explicó mi madre–. Una desgracia.

–No exageres, mamá. Una desgracia sería que se hubiera muerto.

–¡Elisa!

–Perdón, perdón.

–Si es que era un partidazo –interrumpió mi padre.

Así las cosas, yo no me veía capaz de afrontar una comida de navidad tras otra, rodeada

de los siete tíos, diez primos, cinco de sus parejas, la tía abuela Rigoberta y cuatro niños corriendo por casa, todos preguntándome por el perfecto Daniel. Es que me daban sudores fríos sólo de pensarlo. Así que llamé a Caleb. Le había conocido hacía no sé cuántos miles de años en uno de aquellos antediluvianos chats de IRC y, contra todo pronóstico y a pesar de que él vivía en Londres, nuestra amistad permaneció y evolucionó a lo largo de quince años. Era, de largo, la persona que mejor me conocía y a la primera que recurría cuando me pasaba algo. Se olió que pasaba algo en cuanto descolgó el teléfono.

–¿Qué pasa, Eli?

–Esto es una emergencia, Caleb. Necesito asilo político.

–Vale, creo que hace demasiado tiempo que no hablo español. Dame un segundo, que voy a mandarle un whatsapp a mi madre a ver si ella sabe qué es eso del asilo político.

–Pues que si me acoges.

–¿En mi casa?

–Estoy mirando vuelos. Podría llegar a Londres el día diecinueve por la tarde.

–*Stop*. Explícate o no hay asilo que valga.

Le hice un resumen rápido porque él ya estaba más o menos al tanto de todo lo que rodeaba mi ruptura con Dani.

–Y nada –concluí–, que no me veo capaz de aguantar a toda la familia preguntándome que por qué lo hemos dejado. Una y otra vez. Es que me dan sudores fríos solo de pensarlo. Pero tampoco me apetece pasarme las navidades sola en vaya usted a saber qué país europeo. Y eso. Que si me acoges. Ocupo poco. Como mucho, eso sí, pero prometo no protestar si cenáis pavo relleno de frambuesas a las seis de la tarde. O lo que sea tradición en Inglaterra.

–Eli, que yo te acogería encantado, pero hace ya varios años que nos juntamos toda la familia en la casa rural de mi hermana.

–Ah. Vaya. –Se me cayó el mundo a los pies–. Pues nada, que lo paséis muy bien.

–¿Por qué no te vienes? Seguro que a Christine no le importa y ella es... bueno, son muy navideños. ¿Hasta cuándo necesitas quedarte?

–Año Nuevo.

–Déjame que llame a mi hermana y te digo algo. Nosotros llegaremos el día 20, ¿por qué no te vienes un día después, cuando ya estemos todos aclimatados?

Tampoco es que yo le tenga alergia a las fiestas ni nada, así que me pareció una buena solución para escapar de mi familia y no tener que aguantar preguntas indiscretas. Le agradecí de corazón a Caleb que me echara una mano y, en cuanto me confirmó que a su hermana le parecía bien, informé a mis padres de que ese año pasaría las fiestas fuera de casa. Se disgustaron, claro, pero no más que el día que se enteraron de que lo había dejado con Dani. Ten padres para esto. Aunque la parte positiva era que toda la historia era que aún me daba más ganas de pasar las fiestas bien lejos de ambientes negativos, con gente cargada de espíritu navideño.

Lo que no sabía yo era que de eso tenían, pero en exceso.

Capítulo 2

21 de diciembre.

El viaje fue un horror porque resulta que el pueblo en el que se encontraba la casa rural estaba en las montañas y, a esas alturas del año, todo estaba nevado. Todo. Incluida la carretera. Así que el autobús tardó como mil horas en llegar y, cuando al fin lo hizo, hacía un frío que pelaba. Además, estaba nevando. La maleta que llevaba conmigo se atrancaba una y otra vez entre la nieve y el terreno que, en muchas partes, estaba sin asfaltar.

¿Que por qué no llevé la mochila con la que recorrí media Europa? Por idiotez.

Y, siendo sincera, porque iba a pasarme diez días en una casa rural con Caleb y su familia. Diez días que incluían varias celebraciones distintas, entre ellas una nochevieja. Como no sabía qué planes tenían, preferí llevarme una maleta llena de porsiacasos. Un vestido elegante, por si acaso montaban una fiesta. Un pijama de raso, por si acaso la fiesta era de pijamas. Varios *looks* de “arreglada pero informal”, por si acaso todos iban muy *casual*. Incluso un par de botas de montaña. Había contemplado todas las variables posibles.

Todas, menos que iba a pasarme diez días en la casa en la que debía vivir el mismísimo Papá Noel, con su señora, los elfos y los renos del trineo. O, al menos, esa fue la impresión que me llevé cuando llegué al camino que conducía a la casa rural en la que se suponía que ya estaban Caleb y su familia. De verdad, era una cosa excesiva. Por fuera parecía que la habían sacado de una de esas películas navideñas americanas. Varias figuras iluminadas decoraban el camino de acceso y la fachada estaba cubierta de lucecitas de arriba abajo. Junto a la puerta, a modo de columnas meramente decorativas –o, al menos, eso esperaba yo– había dos bastones enormes que parecían de caramelo y, sobre ellos, un cartel, también iluminado, en el que podía leerse el nombre de la casa. La aldea de la Navidad. No tengo nada en contra de las fiestas, pero aquello era excesivo se mirara por donde se mirara. Es que destacaba en el pueblo de tal forma que era visible a kilómetros. Estaba bastante segura de que la NASA la utilizaba para orientarse en el espacio.

Hice de tripas corazón mientras pensaba que esa gente debía tener un cierto desequilibrio y entré en la casa. En cuanto puse un pie allí dentro, ganó varios enteros. A la izquierda se veía un salón con un árbol que, a pesar de ser enorme, estaba decorado con gusto. También había una chimenea que no solo daba calor, sino que confería a la estancia un aire hogareño. Por alguna extraña razón, olía a galletas recién hechas y a chocolate caliente. Lo que por fuera era hortera, por dentro, de una forma curiosa, funcionaba.

–Hola, ¿te puedo ayudar en algo?

La voz venía de mi derecha y, al mirar, me encontré con una mujer tras el mostrador de recepción. Sonreía.

–Creo que sí. Soy Elisa.

–Ah, bienvenida, Eli. Te estábamos esperando. Soy Christine, la dueña de La aldea de la Navidad... y la hermana de Caleb. ¿Me dejas tu DNI, por favor? Es una mera formalidad para poder asignarte una habitación.

Se lo tendí con el corazón calentito porque me había llamado Eli, y seguí mirando a mi alrededor mientras ella tecleaba. En el pasamanos de la escalera había enroscado espumillón y enganchado a él bolas de Navidad de distintos colores. Al pie y colgado del techo, un muérdago de dimensiones desmesuradas. Reconozco que me sentí desconcertada.

–La decoración de este año se nos ha ido un poco de las manos. No nos lo tengas en

cuenta. Mi marido, Jaime, tiene una fijación un tanto extraña con el espíritu navideño y cada año se viene más arriba. Ya le conocerás.

Asentí sin saber muy bien qué decir. Para mí la navidad era una época bonita, claro, pero desde luego me parecía que ese despliegue era más propio de los niños que de adultos hechos y derechos. Ella terminó de hacer mi check-in y puso una llave sobre el mostrador.

–Te he puesto en Un padre en apuros.

–¿Cómo dices?

–Tu habitación. Se llama así. – Miré desconcertada la llave y vi que, efectivamente, en el llavero enorme de madera estaba grabado “Un padre en apuros”-. ¿No la has visto? ¿Con Schwarzenegger buscando un Turbo Man?

–Ehm... no. No me suena.

Unos pasos resonaron por la escalera y vi a un hombre que no conocía con un gorro de Papá Noel en la cabeza, que se movía a ritmo de un villancico. El gorro, digo, no el hombre. Y además tenía en la base luces de colores. Era tan hipnótico que no podía dejar de mirarlo.

–Ah, pues si no la has visto ya tenemos plan para esta noche –dijo–. Soy Jaime. El marido.

–Encantada. Soy Eli. La amiga.

Aquel gorro no dejaba de moverse y de repetir el villancico en bucle y en mi cabeza yo no hacía más que suplicar una y otra vez que apareciera Caleb y me salvara de aquella panda de locos, pero pronto me informaron de que estaba en el bar del pueblo ayudando a una tal Amparo a poner la decoración de navidad. Era como si hubiera atravesado un agujero de gusano y me encontrara en una realidad alternativa en la que todo el mundo debiera luchar a muerte para convertirse en el heredero de papá Noel.

La puerta se abrió mientras ellos aún seguían explicándome qué debía saber del pueblo (*spoiler*: nada), algunas cosas que habían planificado, pero no todas, porque querían sorprenderme y me ponían sobre aviso de que la casa estaba llena. No sólo por ellos y la familia, sino por otras tantas familias y parejas que venían buscando la misma calma que yo necesitaba. Christine desvió su atención a la persona que acababa de entrar.

–Buenas tardes, ¿te puedo ayudar en algo?

–Elisa.

Un respingo me recorrió la espalda. ¿Qué demonios hacía él allí?

–¿Dani?

–¿Os conocéis? –preguntó Christine.

–Pues sí. Es mi ex.

Por si éramos pocos en aquella recepción, Caleb entró por la puerta sacudiéndose la melenita llena de copos de nieve. No miró a su alrededor al hacerlo.

–Que dice Amparo que este año se niega a recorrer los veinte metros que separan el bar de la casa porque tiene miedo a morir atrapada dentro de un alud de nieve que no sé de dónde va a salir. –Entonces sí, miró alrededor y se quedó cortado–. Oh. Hola, Eli. Jaime. Señor desconocido.

–Es el ex de Eli –informó Christine, cabeceando en su dirección con muy poca discreción.

–¿Dani?

–El mismo. ¿Y tú eres?

–Pero ¿qué haces aquí?

Como en un momento dado estábamos los cinco hablando a la vez y ya se oía también un cierto barullo en el piso de arriba, di un silbido.

–¿Podéis dejarnos un momento a solas, por favor?

–No.

–¿Cómo que no, Caleb?
–Que no me da la gana. Me cae gordo.
Dani los ignoró a todos y se giró hacia mí. Me cogió la mano.
–Quiero recuperarte.
–¿A mí? –gruñí–. ¿Para qué?
–Nos íbamos a casar, Elisa.
–Tú y yo tenemos un recuerdo distinto de cómo sucedió la pedida de mano.
–No llegué a pedírtelo...
–¡Porque no me quiero casar!
Me crucé de brazos. No podía creerme que me hubiera seguido hasta el fin del mundo para
¿recuperarme?
–Elisa, sé razonable.
–No me da la gana.
Caleb se interpuso entre nosotros.
–Bueno, ya está bien. Tú, fuera. –Señaló a Dani, y luego a mí–. Creo que Eli no te quiere
aquí.
–Soy capaz de defenderme sola, gracias, Caleb.
Dani no dio su brazo a torcer y se giró hacia el mostrador.
–Quiero una habitación.
–Ay, no, por dios.
Christine no sabía qué hacer. Nos miraba a unos y otros.
–Te llamas Dani, ¿verdad? –le preguntó, y él asintió–. Verás, Dani, es que con esos morros
que me está poniendo mi hermano yo no puedo darte una habitación. Que Caleb es muy rencoroso
y esto no me lo perdona en la vida.
–Está bien, como queráis. Pero no me vais a impedir que intente reconquistar a mi chica.
Caleb le dio una palmadita en la espalda.
–De verdad, chaval, das mucha grima.
El aludido le dedicó una mirada asesina.
–Estáis todos fatal de la cabeza. –Se giró hacia mí–. Pero yo te quiero, Elisa. Y tengo diez
días para recuperarte.
Salió con mucha dignidad. Caleb se encogió de hombros.
–Pero qué dice de recuperarte en diez días.
–Supongo que mi madre le habrá dicho que estoy aquí hasta Año Nuevo. No sé si él cree
que se va a acabar el mundo el día uno o qué pasa.
–Pues si él cree que va a volver a conquistarte, yo voy a dedicar estos diez días a que le
olvides.
–¿Y no podéis dejarme los dos en paz y ya está? Que yo he venido aquí a tener paz...
Como si oyera llover, claro. Caleb se fue escaleras arriba como un niño enfurruñado.
Jaime, que se había quedado callado hasta ese momento, se echó a reír.
–¿No estás teniendo un dejà vú, Christine?
No sabía de qué estaban hablando, pero a mí no me hacía nada de gracia. Quedaban diez
días para Año Nuevo... y a mí ya se me había acabado la paciencia.

Capítulo 3

22 de diciembre.

Esa noche dormí fatal. Christine y Jaime cumplieron con su amenaza y dedicaron la velada a ponerme Un padre en apuros. La película era graciosa, sí, pero es que el Chuache me daba bastante repelús. Y hablando de la peli, resulta que cuando entré en la habitación que me habían dado me encontré con un muñeco del dichoso Turbo Max en la mesita de noche, un pequeño árbol de navidad bajo el que descansaban algunos dulces envueltos en papel de estraza... y un póster con la cara asustada del actor encima del cabecero de la cama. Menos mal que iba en plan reclusión monacal, porque desde luego aquello no incitaba al sexo salvaje.

Me despertaron a primera hora unos golpes en la puerta. Caleb chillaba desde el otro lado algo sobre el desayuno, pero a mí el viaje y la tensión emocional de la aparición de Dani me habían cansado más de lo que esperaba. Yo sólo quería ponerme la almohada en la cara y dormir tres o cuatro días seguidos. Como no desistía, cogí las gafas de la mesita, me las coloqué, comprobé que mi pijama estaba limpio y que la mata de rizos de mi cabeza no había tomado el control de mi vida. Esto último, sin demasiado éxito. Después, abrí la puerta.

–¿Qué quieres, Caleb?

–Es la hora de desayunar.

Me señalé el pijama y las zapatillas que, por si alguien se lo pregunta, tenían la forma –y casi el tamaño– de un ciervo.

–Nop. Ya bajo luego.

–Tiene que ser ahora.

–Pero ¿qué hora es?

–Las ocho.

–¿Y a qué hora acaba el desayuno? Porque si me dices que está a punto de terminarse y por eso esta urgencia te diré que no habéis pensado bien en el público objetivo español.

–No es eso. Pero me gustaría que desayunaras conmigo.

Esbozó un puchero que me desarmó un poco.

–Está bien. Déjame ducharme y convertirme en persona.

–Te espero en el salón.

Veinte minutos después, aún con demasiado sueño y el pelo húmedo porque no hay secador de hotel que controle esta mata de pelo que Dios me ha dado, bajé las escaleras. Una vez en el piso de abajo el estómago me rugió. Olía a repostería, a café, a pan recién hecho y a chocolate. En el salón, que ya tenía las mesas preparadas para el desayuno, había cierto bullicio. Estaba Jaime con una pareja mayor que, deduje, serían sus suegros, los padres de Christine. Otras dos parejas con hijos pequeños ocupaban otras dos mesas y en una esquina, junto a la chimenea, detecté a Caleb. Me acerqué a él y vi que ya había preparado el desayuno. Sobre la mesa había dos tazas llenas a rebosar de café con leche, pan tostado que aún humeaba, un cuenco con un par de trozos de bizcocho que tenía toda la pinta de ser de calabaza, y dos vasos de zumo.

–Menudo despliegue.

Me senté junto a él y le di un mordisco al bizcocho. Estaba delicioso, la verdad. Jaime se acercó a nosotros.

–Esto te quedaría mucho más resultón si lo hubieras hecho tú, Caleb.

–Vuelve a tu mesa, Jaime. Mi madre te echa de menos.

Desde allí pude ver a sus padres saludándonos efusivamente. Moví la mano hacia ellos.

–Parecen majos. ¿Nos sentamos con ellos?
–¡Qué buena idea! –contestó Jaime–. Así os presento.
–¿Qué? –gruñó Caleb–. ¡No!
–Rancio.

Jaime volvió a su mesa y nos quedamos solos. Se instaló entre nosotros un silencio incómodo porque, pese a que hacía varios años que nos conocíamos, sólo nos habíamos visto en persona un par de veces. Nunca antes había bebido el café tan deprisa. Hasta palpitaciones me daban.

–¿Has sabido algo más de él?
Lo dijo con un retintín que no me pasó desapercibido.
–No. Nada. Pero es que sólo han pasado unas horas, Caleb.
–Ya.

Apuré el café, me comí un trozo más de bizcocho y me levanté.
–Muchas gracias por el desayuno –dije, más por cortesía que otra cosa, mientras anotaba en una lista mental que tenía que comentarle a Christine lo bueno que estaba su bizcocho–. Ya nos vemos luego.

Jaime negaba con la cabeza mientras yo cruzaba el salón de vuelta a mi habitación.



Durante el día la casa se vació. Jaime se llevó a sus suegros a pasar el día a no sé dónde, las otras dos familias se fueron a esquiar y Caleb se pasó el día de acá para allá. Yo aproveché para descansar y picar algo en mi habitación gracias a la buena mano de Christine en la cocina. También aproveché para llamar a Soraya y ponerla al tanto de la situación.

–Pues a mí me parece muy tierno que se haya ido a buscarte al fin del mundo, tía.

–Salvo por el pequeño detalle de que yo me he venido aquí para que nadie me recordara su existencia. No acaba de venirme bien que venga sin preguntar para reconquistarme. Sobre todo porque le dejé yo y, por tanto, no tengo ningún interés en volver con él.

–Pero, Eli, es que si quisieras estar con él no tendría motivo para aparecer por ahí y reconquistarte.

–Supongo, pero es que yo lo que quiero es hacer mi vida sin que esté mi ex por todas partes.

–¿Y no será que el chico ese te hace tilín?

–Se llama Caleb. Y no. Y, por cierto, me gustaría mucho que tuviéramos algún tipo de conversación que no girara en torno a los hombres, la verdad.

–Tienes razón. Perdona.

Y así cambiamos de tema y le conté mis planes de futuro. Yo quería viajar, y quería ganarme la vida con eso, así que estaba investigando la forma de hacerlo, y a ello dediqué el resto del día.

Cuando ya atardecía decidí que estaba harta de estar recluida en ese espacio. Principalmente porque sentía que la cara de Chuache me miraba fuera donde fuera. Así que me aventuré escaleras abajo y me instalé junto a la chimenea. Allí, Christine tenía una pequeña estantería llena de libros. Cogí uno y me senté a leer junto al imponente árbol. Afuera volvían a caer pequeños copos de nieve. Sí, la estampa era, cuanto menos, idílica. Al menos la novela negra que estaba leyendo me salvaba un poco de tanta empalagosidad. No llevaba allí ni una hora cuando apareció Caleb, que iba vestido con ropa de esquí.

–Vamos.

Estaba visiblemente nervioso. Daba ternura verle ahí, con una mano extendida hacia mí... y sin saber empezar una conversación.

–Hola, Caleb. Buenas tardes. Mi día bien, gracias. ¿Qué tal tú?

A Christine, que observaba la escena desde la recepción, se le escapó una carcajada.

–Es que eres un maleducado, hermanito –gritó–.

–Tienes razón, Eli. Perdona. ¿Qué tal estás? ¿Qué tal el libro?

–Ah, pues muy bien, va sobre...

–¿Podemos irnos ya? Es que llegamos tarde.

–Irnos ¿a dónde?

–Es una sorpresa.

–Pues muy bien. Pero yo no voy a sitios a los que haya que ir vestido como para subir al Everest.

Christine abandonó su puesto y se acercó a nosotros.

–Mi hermano es un cielo, pero lo cierto es que se vende fatal. Tiene una sorpresa para ti que te va a encantar, Eli, de verdad. Y no tiene nada que ver con escalar ochomiles.

Accedí a acompañarle porque empezó a picarme la curiosidad... Y porque había dejado de nevar. No me motivaba mucho la idea de salir con mal tiempo, pero las nubes, igual que habían llegado, desaparecieron. Así que me cambié de ropa y salimos juntos de aquella casa. Yo intentaba sonsacarle qué íbamos a hacer, pero él sólo sonreía mientras andábamos. No tuvimos que caminar mucho, porque a las afueras del pueblo nos esperaba un chico que resultó ser un monitor de deportes de invierno. Me aterrorizó saberlo, pero en seguida me tranquilizó, explicándome que Caleb había preparado con él una pequeña ruta con raquetas de nieve.

–Pero vamos a ver, que yo soy una nulidad con el deporte en general. Que tuve que dejar las clases de aeróbic porque me tropezaba con mis propios pies.

–No te preocupes –dijo Caleb–. Ni siquiera hace falta que estés en forma.

–Cómo no me voy a preocupar si se me están empañando las gafas y no veo tres en un burro.

–Mira, menos mal que tengo a mi hermana que a dramática no le gana nadie, pero te estás ganando a pulso quitarle el primer puesto.

–Hablando de tu hermana... ¿Siempre ha sido así con el tema de la navidad?

–No, no siempre, pero fue llegar Jaime y explotar en luces de colores. Con decirte que a mí me ha desterrado a la habitación del Grinch y viene todos los días a comprobar si mi corazón ya se ha hecho más grande...

Fue el mismo Caleb quien me ayudó a ponerme las raquetas y el que me colocó una linterna en la cabeza. Debía de tener unas pintas curiosas. Di los primeros pasos con miedo a hundirme en la nieve virgen que cubría todo aquel terreno, sin embargo, caminar con raquetas era casi como hacerlo con unas botas que no se hunden, aunque requiere un poco más de esfuerzo. Esfuerzo que, sin lugar a dudas, mereció la pena en cuanto nos alejamos un poco del pueblo y subimos una pendiente suave. Desde allí la vista era, simplemente, espectacular. Y es que en mi viaje por Europa había visitado ciudades grandes, pequeñas y pueblos más alejados, pero nada me había impresionado tanto como ver desde la altura las luces navideñas de aquella aldea, con el árbol de navidad de la plaza iluminado bajo un cielo cuajado de estrellas, y todo cubierto por un manto blanco. Robaba el aliento.

Caleb se colocó a mi lado, mientras que el monitor se apartaba con discreción.

–¿Qué te parece?

–Impresiona, la verdad.

Él sonrió y abrió la mochila que llevaba. De allí sacó un benjamín de cava y dos copas de plástico.

–¿Y esto?

–Vamos a brindar. –Sirvió el cava en las dos copas y me tendió una–. Por ti, Eli.

–Uy, no, no. No me gusta tener tanto protagonismo. ¿Qué te parece si brindamos por nosotros y por todos los años que hace que nos conocemos?

Como respuesta, una sonrisa más sincera que la anterior y el sonido del plástico chocando entre sí. Durante varios minutos nos dedicamos sólo a beber el cava, que gracias al frío de la noche invernal tenía una temperatura perfecta.

–¿Cómo se te ha ocurrido esto? –le pregunté abarcando con los brazos la copa, el entorno y hasta al monitor que, aburrido, miraba el móvil.

–Cuando necesito escaparme del mundo suelo hacer excursiones. Y creí que, aunque la naturaleza no es lo tuyo, estar aquí, al aire libre, sin ninguna atadura, te haría sentir... libre.

No lo había pensado, pero era cierto que estar allí, donde apenas se veían carreteras, ni civilización, daba la impresión de que pudieras irte a cualquier parte. Hacer cualquier cosa. ¿Y acaso había mayor libertad que esa?

Cuando empecé a temblar por el frío, Caleb le hizo un gesto al monitor para que abriera el camino de vuelta a la casa. Bueno, por el frío y por la falta de costumbre de estar al aire libre en una montaña en plena noche del mes de diciembre. Que desde fuera suena todo muy bonito, pero había que sentir el aire raspándote la piel para estar deseando volver a la civilización. Máximo respeto a Bear Grylls, oigan.

Nos despedimos del monitor en el mismo punto del que partimos y, para cuando entré por la puerta de casa, me dolían hasta las pestañas. Había sido un paseo muy agradable, pero de pronto acusé el cansancio. Estaba deseando cenar y meterme en la cama calentita. Sin embargo, en cuanto Caleb y yo entramos al recibidor comentando la experiencia, me di cuenta de que la noche se iba a complicar. Dani estaba allí, de pie y con los brazos cruzados. Parecía parte de la decoración navideña, como si Christine le hubiera colocado de adorno junto al árbol. Y pensar en eso me hizo tanta gracia que no pude controlar la risa. Se conoce que a él no le hizo tanta gracia, porque aún frunció más el ceño.

–¿De dónde vienes?

–Uy, pero ¿qué clase de pregunta es esa, Dani? –Caleb se fue, discretamente, escaleras arriba–. De donde me da la gana.

–Llevo aquí esperándote tres cuartos de hora.

–¿Y a mí eso por qué tiene que importarme? Y, además, ¿cómo querías que supiera que estabas aquí? ¿Por ciencia infusa? ¿Ondas telequinéticas?

–Pero qué dices, Elisa. La telequinesis trata de mover objetos. Tú querías decir ondas telepáticas.

–Ay, por dios, qué insufrible eres.

Me sacudí la nieve de las botas de montaña y me arrepentí en el acto, porque muy pronto se formó un charquito en el suelo que, seguramente, tendría que limpiar Christine. Renuncié a mi cena tranquila, en paz y en solitario y me acerqué a la recepción, donde estaba ella muy concentrada fingiendo que leía un libro y que nos ignoraba por completo.

–Perdona que te hayamos ensuciado el suelo. Si me dejas una fregona...

–Tranquila, si esto lo limpio yo en un momentito.

–Oh. Gracias. Me voy arriba a descansar entonces. Tu hermano no ha tenido en cuenta mi

deplorable forma física.

Ella me sonrió y me dio las buenas noches y yo me escapé escaleras arriba sin volver siquiera a mirar a Dani. Él, por supuesto, vino detrás de mí, pero Christine le dio el alto en cuanto pasó por la recepción.

–Perdona, ¿te alojas aquí? –le soltó.

Dani se giró hacia ella y le dedicó otra mirada de las que pueden fundir el hielo. Se estaba haciendo un experto en mirar mal a la gente. Estaba por proponerle que fundara un máster o algo para compartir su sabiduría con el mundo. También estaba por ponerle una estatua a Christine por motivos obvios. Me giré para observar bien la escena y me di cuenta de que Jaime estaba haciendo lo propio desde el salón.

–Sabes de sobra que no –le contestó él.

–Uy, pues lo siento, si no tienes habitación no puedo dejarte subir.

–¿A qué legislación te amparas?

Ahí estaba Dani, el abogado que siempre se salía con la suya. Christine no cambió su expresión facial.

–A la legislación tres uno seis, de mis santos ovarios y a la cuatro uno dos, de “esta es mi casa y aquí mando yo”. ¿Quieres más datos, o con estos ya te vale?

VIVA Y BRAVO. Dani contrajo aún más el gesto, abrió y cerró la boca como si fuera a decir algo y hubiera cambiado de opinión, cerró un puño y empezó a sufrir un tic nervioso que hacía que se le moviera parte de la mejilla y el párpado izquierdo. Un cuadro, pobrecito. Bien sabía yo que él no era de los que montan escándalos en público, así que no me sorprendió ver cómo se iba. Y precisamente por lo bien que le conocía sabía que la cosa no se quedaría ahí. Yo le dediqué un aplauso a Christine, que hizo una reverencia antes de volver a su lectura, y me fui escaleras arriba. Lo cierto era que si Dani pretendía recuperarme, con esa familia de por medio iba a tenerlo muy complicado.

Llamé a la habitación de El Grinch y esperé a que Caleb me abriera la puerta.

–Tu hermana es una crack.

–¿Qué ha hecho?

–Acaba de mandar a Dani a freír espárragos.

–Pasa y cuéntamelo bien.

Se hizo a un lado y yo entré mientras ya empezaba a contarle lo que había pasado en el piso de abajo. Como el cansancio empezaba a hacer mella en nosotros, Caleb se tumbó en la cama y yo me coloqué a su lado, con mis pies en su cabeza.

No sé en qué momento me quedé dormida, pero sí recuerdo la sensación de familiaridad que me envolvía justo antes de cerrar los ojos.

Capítulo 4

24 de diciembre.

Baste decir que al día siguiente no me podía ni mover. Es más, cuando abrí los ojos al día siguiente e intenté moverme, aún en la cama de Caleb, pero sin rastro de su dueño, solté un aullido de dolor y volví a mi posición inicial. Eso alertó al pobre Caleb, que estaba afeitándose en el baño y creyó que me estaba dando algo.

–¿Estás bien? –me preguntó.

–No. Me he roto los músculos.

–¿Qué músculos?

–Todos.

–¿Puede ser que estés exagerando?

–No.

–Ya veo. ¿Y no serán agujetas?

–Mira, Caleb, yo he tenido muchas agujetas en esta vida, y ya te digo yo que esto no son agujetas. Es dolor.

–Ya veo.

Y claro, con semejante nivel de sufrimiento no tuve más remedio que quedarme siendo un vegetal en la cama. A mediodía me trasladé, por decencia, a mi habitación, y allí me quedé el resto del día. Jaime y Christine subieron a la hora de comer para asegurarse de que seguía viva, y me trajeron un cocido de garbanzos con capacidad de resucitar a un muerto. O de mandarte directo a la siesta. También me subieron un par de libros para que pasara mi convalecencia entretenida. Unos soles. Hacia las nueve fue Caleb quien me subió la cena. Apareció con un portátil debajo del brazo.

–He pensado que con este día de reclusión que llevas, igual te apetece ver una película.

–¿Tengo que moverme?

–No.

–¿Es una peli navideña?

–No, Eli. Yo no soy Christine.

–Entonces tienes mi consentimiento.

Yo me recosté en la cama y él se acomodó en una butaca después de colocar el portátil sobre una mesita. Reconocí la peli al instante.

–Me dijiste que no era de navidad.

–Es que no es de navidad. Es de Halloween.

–Mira, Caleb, no sé a quién pretendes engañar. Pesadilla antes de navidad es una peli navideña. Lo dice hasta el nombre.

–Esto es Halloween, esto es Halloween... ¿te parece que eso suena como un villancico?

–Eres imposible.

Y el caso es... que me gustó verla con él. A pesar de que mi móvil no dejaba de sonar. Dani se estaba volviendo loco sin saber dónde estaba.



El día de nochebuena amaneció nublado, y el tiempo empeoró conforme avanzaban las horas.

Hicimos una comida ligera, todos juntos, en torno a la una y media.

–Es la previa del partido –dijo Jaime, sirviéndose más pollo.

Su suegra le miró como si le faltara un verano.

–¿Qué partido, hijo?

–No hay ningún partido, mamá –aclaró Christine–. Quiere decir que así nos vamos preparando para la cena.

–Se ve que con eso de vivir en Londres se le olvidan algunas expresiones del español –me dijo Caleb, sentado a mi lado.

–Tendré el español oxidado, pero no estoy sorda.

Y le arreó una sonora colleja. Su padre, que no hablaba español muy bien, asintió como si ella tuviera la verdad absoluta. Los demás, como no podía ser de otra forma, nos echamos a reír. Christine recondujo la conversación.

–¿A qué hora viene Amparo?

–Sigue erre que erre con que no quiere venir este año –explicó Caleb–. He ido a verla esta mañana para ver si lograba convencerla pero dice que, con este tiempo, no se atreve a venir. Y que, además, tiene una mesa reservada en el bar. Que no le va a dejar tirado, dice.

Miré a Caleb de reojo y él asintió imperceptiblemente. Era Dani quien había reservado esa mesa, claro. Me sentí fatal, a pesar de que aún no conocía a esa mujer.

–¿Puedo ir a hablar con ella? –pregunté.

–Pues mira, me haces un favor. –Christine sonreía–. Pensaba ir yo, pero entre que tengo que preparar la cena para nosotros, para el resto de los clientes y además están aquí mis padres... estoy viendo que se me va a ir la tarde.

–Tus padres no necesitan niñera.

–Claro que no, mamá.

Hizo un gesto que nos daba a los demás a entender que no quería dejarlos solos, vaya usted a saber por qué. Me pregunté qué haría Jaime, pero supuse que preparar una cena de nochebuena para tanta gente debía llevar muchísimo trabajo.

Caleb me explicó que la señora Amparo no estaba disponible hasta las seis de la tarde. Yo me imaginaba que estaría muy ocupada por las mismas razones que Christine, pero él mismo me contó que duerme dos horas de siesta, cada día, y que después necesita unos tres cuartos de hora para volver a ser persona. Me fascinó esa revelación. Yo misma pensé en echar una cabezada después de comer, pero en aquella casa ya había demasiado ambiente festivo y... me estaba empezando a contagiar. Así que cuando la madre de Caleb y Christine propuso echar una partida de cartas después de comer, no tuve más remedio que unirme. A las cuatro empezaron a apostar cantidades simbólicas de dinero. Diez céntimos en cada partida. A las cinco menos cuarto, Christine, su padre y yo nos retiramos y nos quedamos como meros espectadores. A las cinco y veinte, Caleb de había quedado sin un duro y estaba pidiendo a gritos que pararan la partida mientras iba a sacar dinero al único cajero del pueblo. A las seis menos cuarto Jaime y su suegra habían subido las apuestas a unos niveles que nos tenían en shock a todos los demás.

En cuanto dieron las seis, saqué a Caleb de allí casi a rastras. Iba a tope con su cuñado para desplumar a su pobre madre, pero a mí me comía la preocupación de pensar en una mujer mayor, sola en nochebuena, y teniendo que atender a mi ex por un capricho suyo. Fuera ya caían copos de nieve y hacía un viento frío horroroso. Cuando llegamos al bar, agradecí que estuviera puesta la calefacción, aunque dentro no hubiera nadie. La decoración estaba puesta con mucho gusto, nada recargado, y yo apreté el hombro de mi acompañante.

–¿Ha sido cosa tuya?

–Sí. Ella sola ya no puede y su marido no quiere saber nada de árboles de navidad. ¿Señora Amparo? –llamó, en voz muy alta–. ¿Puede salir un momento?

La buena mujer apareció por detrás de una puerta que, supuse, sería la cocina. Parecía que traía el ceño fruncido de fábrica.

–No voy a ir, Álex.

–¿Alex? –pregunté yo, extrañada.

–Es que lo de Caleb no lo acaba de entender.

–Pues claro que lo entiendo. Pero es muy difícil de pronunciar.

Quise cortar la conversación e ir al grano.

–Buenas tardes, Amparo. Soy Eli. Soy amiga de Caleb y Christine.

–Ay, mi Cristina. ¿Dónde está?

–Pues está preparando la cena de nochebuena a la que usted no quiere ir –dijo Caleb.

Yo le di un codazo en el costado.

–¿Se puede saber a qué viene esa pasivo-agresividad?

–Es que nos van a dar las uvas aquí y yo ya tengo ganas de irme a casa a por el vino previo.

–Qué perreta tenéis todos hoy con los “previos”. –Me giré hacia la señora Amparo–. Verá, el caso es que aquí mi amigo el del tacto me ha contado que no quiere venir a cenar.

–Hace frío, nieva y tengo una mesa que atender.

–Y esa mesa... ¿está reservada a nombre de Daniel?

–Pues sí, Isa. ¿Cómo lo sabías?

Estaba claro que aquella buena mujer iba a llamarnos como tuviera a bien hacerlo, así que no me molesté en corregirla.

–Es mi ex novio, señora Amparo. Y tengo razones para pensar que el único motivo de que quiera cenar hoy aquí es por fastidiarme.

–No digas esas cosas. Le estoy alquilando una habitación y es un muchacho encantador. Fíjate que estoy pensando en presentarle a mi nieta... –Cabeceó, como queriendo recuperar el hilo de la conversación–. En fin, que de ningún modo voy a permitir que pase esta noche solo.

Caleb y yo cruzamos una mirada. Sólo había una solución posible y ambos lo sabíamos.

–Está bien. ¿Qué le parece si vienen a cenar los dos?

–Tres, que aún no soy una mujer viuda.

–Bueno, pues ya está hablado –gruñó Caleb, con un mal humor palpable.

–¿Viene con nosotros, señora Amparo?

–No. Voy a esperar a mi marido y a Daniel.

Ah, pues sí que había un nombre que sabía decir correctamente. Qué bien.

Volvimos a la casa en silencio. Yo me había enfadado mucho: Había huido a aquel pueblo para desconectar de todos los que se emperraban en recordarme la existencia de mi ex, y ahora era mi ex el que se empecinaba en perseguirme. Caleb parecía haberse contagiado de mi mal humor y, para cuando entramos, fue directo al mostrador de recepción.

–Que dice Amparo que viene a cenar. Con su marido. Y con el ex novio de ésta.

Me señaló con el pulgar.

–“Ésta” tiene un nombre, querido.

Él subió al piso de arriba pisando fuerte y yo pasé el tiempo ayudando a Christine a prepararlo todo. Montamos al lado de la chimenea una mesa enorme juntando varias, colocamos sobre ella un mantel rojo lleno de muñecos de nieve y, en el centro, ella puso una enorme flor de pascua. Yo imité esa decoración con el resto de las mesas, aunque las flores eran bastante más

pequeñas y, a continuación, preparé con la anfitriona unos entrantes: Canapés de pan tostado con queso y salmón, cucharas de hojaldre con una miniensalada coronada por un tomate cherry, platos de jamón serrano que se ve que levantaban pasiones entre la ascendencia inglesa de su familia, y varias botellas de vino tinto que fui repartiendo de forma equitativa por las mesas.

Cuando al fin terminamos, Christine y yo observamos el comedor, y no pude evitar contagiarme de las buenas vibraciones que ella transmitía.

–Está precioso.

–Gracias. Pero debes estar acostumbrada, ya me ha contado Caleb que tú también tienes una familia grande.

–Grande, sí. Poco dados a encargarnos de celebraciones de este calibre, también. Solemos juntarnos en un bajo y contratar un catering que pagamos a pachas. No te digo más.

Justo en ese momento se abrió la puerta y entraron Amparo, su marido y, detrás, Dani. A pesar de que se había repeinado demasiado, estaba guapo, con su abrigo de lana y el cuello subido para protegerse del frío. En cada mano llevaba un ramo de flores. El primero, que le tendió a Christine, llevaba una mezcla de flor de algodón y orquídeas. Era el ramo más invernal que yo hubiera visto. Parecía que lo hubiera sacado directamente de la peli de Anastasia.

–No se me ocurrió un ramo más navideño que este –le dijo, al tendérselo y darle un beso fugaz en la mejilla–. Gracias por invitarme.

–No ha sido cosa mía. Pero da igual porque el ramo es precioso, así que bienvenido seas.

El segundo ramo era más tradicional. Unos cuantos tulipanes rojos, con sus hojas como único adorno y los ramos atados en una cuerda de yute. Me lo tendió con una sonrisa.

–Tus favoritas.

–Juegas con ventaja.

Acepté el ramo y otro de sus besos en la mejilla. Sin saber muy bien por qué, agradecí que Caleb no estuviera presente y me escabullí a esconder las flores en mi cuarto. Aproveché para cumplir el último y vergonzoso encargo de Christine: Ir por el pasillo tocando una campanilla que anunciara que la cena estaba a punto de empezar.

La distribución de sitios fue un poco caótica, pero Dani se arregló para sentarse enfrente de mí y al lado de la señora Amparo, mientras que Caleb se colocó a mi derecha. Durante la cena, toda la conversación giró en torno a las manos de Christine en la cocina, el temporal que teníamos encima y lo bonito que era celebrar juntos esa época del año. Pero, a la hora de los postres, Amparo ya llevaba varias copas de más y Caleb y yo nos habíamos enfrascado en una conversación sobre viajes.

–Entonces, ¿vuelves a irte en enero?

–Ese es el plan, sí. Pero aún no sé a dónde.

Caleb se miró los dedos antes de volver a hablar.

–Yo me voy a finales de enero a recorrer Austria con los esquíes a cuestas. Quizás nos podamos encontrar por allí.

–¡Me encantaría!

–¿Vosotros no trabajáis nunca o qué pasa? –interrumpió Dani.

–Yo soy *freelance* –explicó Caleb–. Puedo trabajar en cualquier sitio.

–Y yo no tengo por qué darte ninguna explicación.

–Elisa...

Miré a mi alrededor. Todos los presentes estaban ya pendientes de nuestra conversación y yo decidí que no tenía por qué montar un espectáculo.

–Acompáñame un momento.

Él obedeció y se levantó de la mesa. Caleb nos siguió con la mirada mientras salíamos de la casa. No se me ocurrió un sitio con más privacidad que allí fuera. Hacía un frío que pelaba y la excesiva iluminación nos daba un cierto aire cómico.

–Mira, Dani, de verdad que intento seguir tu razonamiento, pero no lo consigo. ¿Qué haces aquí?

–Ya lo sabes. Intento recuperarte.

–¿Imponiéndome tu presencia?

Eso pareció noquearle.

–No, Elisa. Claro que no.

–Estás obligando a toda esta gente a que te acepten sólo por tu cabezonería. Por poco dejas a Amparo sin venir a la cena. Y yo corté contigo, Dani. No sé qué esperas que ocurra, pero yo tengo un hartazgo ya...

–Es que no entiendo qué pasó entre nosotros, Elisa. Todo nos iba bien y, de repente, desapareciste. ¿Cómo puedes dejar de querer a alguien de un día para otro?

Entonces, por primera vez, me puse en su piel. Por primera vez, comprendí que era él quien debía estar más dolido de los dos. No le debía nada, pero quise darle la explicación que parecía que tanto necesitaba.

–Yo no dejé de quererte. Pero sí dejé de estar enamorada de quiénes éramos nosotros. Yo quiero viajar hasta que me canse. Quiero probar otras profesiones. Mudarme. Irme a vivir a Japón si me apetece. Y tú parecías tener ya planeada la vida entera: Un trabajo estable, una casa, el matrimonio... casi parecía que daba igual con quien compartieras tu vida, siempre y cuando se ciñera al plan establecido. Y odio que me llames Elisa todo el rato.

–No digas eso. Siempre has sido tú.

–Qué va. Si hubiera sido yo los dos lo habríamos sabido.

–Los adultos se casan y sientan la cabeza–insistió, agarrándose a un clavo ardiendo.

–Sólo los que lo ven como tú. Algunos, en cambio, queremos volar. Y que vuelen con nosotros. Y si tú no vas a volar conmigo, Dani, lo mejor es que me dejes marchar.

Le di un beso en la mejilla, a modo de despedida, y me giré para entrar otra vez en la casa. Antes de hacerlo vi en sus ojos que, al fin, había comprendido que éramos incompatibles. Y que debía buscar a alguien que quisiera lo mismo que él. Ese era nuestro punto y final.

Volví adentro y me dejé envolver por el calor de la chimenea, el sabor dulce del surtido de turrónes y el cariño de Caleb. Con un apretón en mi hombro bastó para hacerme saber que, si le necesitaba, él estaría a mi lado. O quizás fueran las tres copas de champán que me había tomado, pero, en cualquier caso, cuando nos pusimos todos a cantar villancicos media hora después, yo me sentía libre. Al fin, mi ex me había dejado ir y yo podía olvidarme de todos los malos ratos y dedicarme a recordar sólo todo lo bueno que me había dado.

Y ni siquiera habían hecho falta los diez días que me había pedido Caleb.

Capítulo 5

25 de diciembre.

–Veinticinco de diciembre, fun, fun, fuuuuuun.

Tiré una almohada al vacío, con la intención de darle en toda la cara. En lugar de eso, le acerté de lleno a la lámpara, que se cayó al suelo con demasiado estrépito. Me dolía la cabeza y tenía la lengua como un estropajo. Lo que de toda la vida se llama tener resaca, vaya. Cuando Caleb descorrió las cortinas y la luz gris inundó la habitación, yo me puse los brazos sobre los ojos.

–Tengo una enfermedad grave –anuncié, esperando clemencia–. Déjame en paz, por favor.

–¿Más o menos grave que el día que te rompiste todos los músculos?

–No lo cuentes como si hubieran pasado años, que eso fue antes de ayer. Y esto es peor. Infinitamente peor.

–¿Y crees que podremos resolverlo con un vaso de agua y un ibuprofeno?

El chantaje funcionó. Aparté los brazos de la cara y me levanté de la cama como si fuera un zombi. Me puse las gafas, observé la mata de pelo que me tapaba parte de la cara y sólo entonces caí en la cuenta de que Caleb estaba *dentro* de mi habitación y me estaba viendo allí, con la parte de arriba de un pijama de peluche y sin nada que cubriera mis braguitas de Wonder Woman, porque la noche anterior no había sido capaz de encontrar los pantalones del pijama. Decidí que la mejor defensa era un buen ataque y, en lugar de taparme las vergüenzas, le señalé con un dedo acusador.

–¿Se puede saber qué haces en mi habitación?

–Tú me diste una copia de tu llave.

Juro y perjuro que le di una vuelta a la noche entera. El problema es que desde el momento en que nos arrancamos a cantar villancicos todo se volvía más y más borroso.

–¿Yo te di una copia de mi llave?

–Bueno, estrictamente hablando no fuiste tú, claro. Fue mi cuñado. Pero ya me entiendes.

–¿Y se puede saber por qué Jaime te dio mi llave?

–Porque nos vinimos todos muy arriba, tú querías que yo tuviera una y, como la única persona sobria de la sala era mi hermana y ella se negó, pues tuvo que interceder mi cuñado.

–Pero Caleb, vamos a ver... –Me apreté la frente, a ver si así paliaba mi dolor de cabeza. No funcionó–. No puede uno hacer caso de todo lo que se diga borracho. Por ejemplo, no puedes entrar en la habitación de una persona con resaca, por mucho que te haya dado mi consentimiento anoche. Cosa que tampoco recuerdo, dicho sea de paso. Además, ¿qué haces aquí?

–Es que faltan justo siete días para año nuevo.

–¿Y qué?

–Pues eso, que sólo me queda una semana para hacerte olvidar al estirado de Dani.

–Que yo no tengo que olvidar a nadie.

–Así que para eso –continuó, como si oyera llover–, vengo a pedirte que te vistas, porque necesitamos con urgencia un duende para nuestro Papá Noel. Y no se me ocurre nadie con más aspecto de duende que tú.

–Pero qué dices.

–Te espero abajo en diez minutos.

En cuanto acabó de hablar se fue, sin dejarme opción a responder. Como dice el refrán, la curiosidad mató al gato, y yo no iba a ser la excepción de la norma. Me cambié la parte de arriba

del pijama por una camiseta y me puse unos vaqueros, unas Vans con más años que Jordi Hurtado y una sudadera. Después salí al pasillo, pero Caleb ya no estaba allí. No me importó demasiado porque el estómago empezaba a rugirme y también iba necesitando ya la famosa combinación de ibuprofeno y agua, así que me animé a acercarme al comedor.

Lo que no me esperaba yo es que al pie de las escaleras estuviera Papá Noel.

Me quedé en shock, lo reconozco.

—Que co...

Christine me cortó antes de que soltara el improperio.

—¡Feliz navidad, Eli!

—Pero, ¿cuánto bebí anoche? ¿Me habéis puesto algún sicotrópico en el champán?

—¡HO, HO, HO! —canturreó el supuesto Papá Noel.

—Supongo que ya te lo ha dicho Caleb, pero nuestro Santa Claus necesita un duende para ayudar a repartir los regalos a los niños de la casa y del pueblo. Iría yo misma, pero tengo que quedarme en la recepción.

—Pues que vaya Caleb.

—Caleb también irá. Es la mano derecha de Santa.

No sé cómo, pero acabé accediendo. Supongo que porque me coaccionó, porque a ver quién es el guapo que le dice que los niños van a quedarse sin regalos por su culpa. Media hora después me había puesto un disfraz de duende que consistía en unos *shorts* de terciopelo verde, con unos tirantes que se enganchaban a la parte delantera gracias a unos enormes botones en color marfil, unos leotardos bien tupidos a rayas verdes y rojas, y un jersey a juego. La mata de pelo rizada alrededor de mi cabeza y las gafas de pasta hacían el resto.

—Menos mal que llevamos la misma talla, ¿eh? —dijo Christine, sonriente—. También es casualidad.

—Uy, sí. Que alegría. Imagínate si no me llega a valer, qué disgusto. Lo mismo tendría que hacerlo otra persona.

Ella hizo oídos sordos a mi evidente sarcasmo y, de un par de empujones, me llevó a donde ya me esperaban aquel extraño Papá Noel y Caleb, que llevaba un traje muy similar al mío, sólo que llevaba un gorro verde enorme encima de la cabeza.

—Estás muy guapo. Te favorece mucho el verde navideño —bromeé.

—Tú, sin embargo, estás profundamente hortera.

—Gracias. No me merezco estos cumplidos, de verdad. Ha sido obra de tu hermana, es que tiene un gusto para el vestir...

Ambos nos echamos a reír. Pero lo cierto es que a Caleb, toda aquella alegría contagiosa le sentaba francamente bien. Y la melenita que lucía pegaba de una forma extraña con el atuendo de ayudante del jefe supremo de la navidad. Yo no podía dejar de mirar a aquel Papá Noel e imaginarme quién estaría debajo de aquel disfraz, pero no había forma de descubrirlo. Estaba muy logrado. Incluso la barba era de verdad. Lo sé porque tiré de ella y le provoqué un gritito de dolor.

—¿Es usted un vecino del pueblo?

Lo preguntaba una y otra vez, pero aquel hombre sólo me respondía bien con evasivas, bien explicándome que era el auténtico Papá Noel. Yo a mi edad ya era una señora escéptica, así que no hizo más que ponerme nerviosa. Estaba todo el rato detrás de él, intentando pillarle en un renuncio, pero ni siquiera en el baño se deshizo de su disfraz. Lo sé porque me escondí en uno de los cubículos al oírle decir que necesitaba hacer pis. Sí, lo sé. Se me fue la olla.

El día fue precioso. No puede resumirse de otra manera. En cuanto terminaron los

desayunos, los cinco niños que había en la casa se encontraron con Papá Noel y sus ayudantes junto al árbol, sentados en unos troncos que Christine había preparado con kilos y kilos de papel de aluminio, pegamento y mucha paciencia. Mientras los peques se sentaban, extasiados, en el regazo de su héroe, le abrazaban y le aseguraban que habían sido buenos, Caleb y yo preparábamos sus regalos. No eran gran cosa, sólo algunos dulces y pequeños peluches, pero como los recibían de nuestras manos, les hacían una ilusión tremenda. Algunos chillaban como locos, otros, muy tímidos, corrían a esconderse detrás de las piernas de sus padres. Después nos fuimos a la plaza del pueblo, donde habían organizado un encuentro con los niños que vivían allí y que, para cuando llegamos, ya estaban haciendo cola. Me sorprendió porque, al ser un pueblo pequeño, me esperaba que hubiera bastante menos afluencia. Repetimos el reparto de regalos, igual que habíamos hecho en la casa. Sin embargo, cambiamos nuestras posiciones, de forma que Caleb se colocó a mi lado. Sin buscarlo, nuestras manos comenzaron a rozarse. Con delicadeza, como si no fuera la cosa con nosotros. Pero para cuando anocheció, el frío se volvió más crudo y los padres empezaron a llevarse a los niños a sus casas, el roce se volvía menos casual y más buscado: Caleb dejaba leves caricias en la palma de mi mano cuando me pasaba los regalos y yo le correspondía al tenderle las chucherías que entregaba él. Éramos muy poco eficientes, pero la electricidad era casi física entre nosotros.

Me pidió que cenáramos juntos, pero yo no fui capaz. El tiempo que pasaba con él se me había hecho muy corto y yo no quería despedirme de él, pero entraba en conflicto conmigo misma. Sabía que el roce hace el cariño y que yo empezaba a sentir por él algo más que la amistad que teníamos desde hacía años, pero también sabía que yo no era capaz de mantener una relación estable y seria, como había quedado patente con Dani. No sabía lo que Caleb esperaba de nosotros, pero era obvio que a partir del día uno cada uno seguiría su camino. Yo volvería a recorrer Europa, él a su Londres y a su vida. Y así, ¿cómo íbamos a estar juntos, por más que me gustara al final de aquel maravilloso día de navidad? Además, quizás fueran sólo imaginaciones mías, enajenación mental transitoria o sentimientos confundidos a raíz de un día demasiado sentimental. Sin embargo, al decirle que no quería cenar, Caleb intentó una nueva estrategia.

–Acompáñame a mi habitación.

–De eso nada, que en cuanto me descuido me poner películas navideñas.

–Te prometo que no te pondré ninguna peli. Es sólo que... tengo un regalo para ti.

Le seguí, de nuevo emocionada, hasta su habitación. Él sacó de un cajón un paquete y me lo tendió. Rasgué el papel con cuidado y saqué el contenido. Era un kit de viaje. Traía de todo: Almohada hinchable, antifaz, toallitas, una funda para las gafas y otra para el pasaporte y un pequeño diario de viaje. Todo en el espacio que ocupa un neceser.

–Caleb, esto es...

–Sólo es un detalle, pero quería que tuvieras un regalo de navidad.

Me abalancé sobre él y le envolví en un abrazo fuerte. Él no entendía nada, pero me lo devolvió. Lo que él no sabía era que nunca antes nadie me había regalado algo tan acorde a mis gustos personales. Podía ser un regalo tonto, un detalle, pero se notaba que había pensado en mí, y eso había logrado emocionarme.

Más confundida que antes, me fui a la cama sin cenar, porque no tenía nada de hambre. Debía tener el estómago lleno de ilusión, o de mariposas o... qué sabía yo.

Capítulo 6

27 de diciembre.

Caleb.

Si alguien me preguntara en qué momento me enamoré de Eli, no sería capaz de decirlo. Lo mío con ella no fue un flechazo de película, sino una evolución exponencial a lo largo del tiempo. Yo era uno de esos escépticos que pensaba que no se podía querer a alguien que nunca habías visto, pero con ella... con ella era distinto. Mientras nuestra relación era sólo cibernética, contaba las horas para volver a hablar a través del chat de Messenger. Y tenía que contenerme mucho para no enviarle veinte zumbidos seguidos cada vez que ella se distraía y dejaba de hablar durante varios minutos. Eli es así. Un alma distraída, libre, incapaz de mantener el interés en algo demasiado tiempo. Y yo creía que no tenía mucho que ofrecerle, máxime cuando mantenía la relación perfecta con el chico perfecto. Yo era –y sigo siendo– dibujante de cómics, pero nunca había tenido un trabajo fijo: simplemente vendía mis tiras al mejor postor. El tal Daniel era un abogado de renombre y tenía una casa en la que vivían juntos. Yo compartía pisos horribles porque no era capaz de decidir en qué parte del Reino Unido quería vivir. Eli era, como un día dijo Desmond Hume, mi única constante cuando todo iba mal. Así que puede que no me enamorara de las letras de una pantalla, pero sí de su eterna presencia en mi vida. Y de su empeño en que nunca dejáramos que nuestra relación se enfriara. Verla en Londres fue un regalo, pero tenerla en aquella casa era mi única oportunidad de conquistarla. Lo de olvidar al ex novio me dio una excusa estupenda. Aunque creo que no llegó a creérselo nadie. Cuando llegó, faltaban diez días para año nuevo. Diez oportunidades distintas para demostrarle que juntos éramos una bomba.

Y ya había desperdiciado cinco.

El día de navidad había sido especial. O eso creía yo, porque lo cierto es que el veintiséis nos esquivamos mutuamente. Yo, por vergüenza, me ofrecí a hacer recados para mi hermana, que incluían ir a la ciudad a por bombillas de repuesto para la decoración, planificación de menús y limpieza de todas las habitaciones, menos la de ella. No tengo ni idea de cuáles fueron los motivos de Eli ni a qué dedicó el día, pero no le vi el pelo. Al día siguiente yo estaba tan alicaído que incluso Christine se dio cuenta.

–Es por una tía, ¿a que sí?

Yo recordaba bien la conversación que habíamos tenido años antes, cuando conoció a Jaime y le solté la frasecita.

–No sé cómo puedes vivir con tanto rencor en el cuerpo. Ni cómo es posible que Santa Claus te haya traído regalos, con esa maldad que tienes dentro.

–Es que le hago chantaje. Si no hay regalos, no hay galletas de jengibre. Pero que no me cambies de tema. ¿Estás así de mustio por Eli?

–Eres tan sutil como un ladrillazo en la cara.

–Hay que ver cómo estás hoy con las metáforas, hermanito. Pues muy bien, si no quieres hablar del tema, problema tuyo.

Y dicho y hecho, se enfrascó con su ordenador. No sabía si tenía trabajo o no, porque me parecía que estaba tecleando al azar, la verdad, pero el caso es que, por más rabia que me diera tener que pedirle ayuda a mi hermana, la necesitaba. Estaba muy, pero que muy perdido.

–Está bien –claudiqué.

–Está bien, ¿qué?

–Que sí. Que es por Eli. Qué hago.

–Caleeb y Eeeeeli debaaaaajo de un áááárbol –empezó a canturrear.

–Por dios. Basta.

Miré aterrorizado hacia las escaleras. Era uno de esos momentos en los que la aludida aparecía de la nada y escuchaba la cancioncita. Christine soltó una carcajada que acabó con ella aplaudiendo como una foca feliz, mientras que yo me frotaba la cara con las manos. Pero en qué momento se me ocurriría a mí pedirle ayuda a mi hermana...

–Ay, perdona. Qué ataque de risa más tonto.

–Te odio.

–Sí, normal. Yo también me odiaría. –Salió de detrás de su mostrador de recepción y se apoyó contra él, antes de cruzarse de brazos y ponerse, al fin, seria–. Bueno, va, ahora en serio, ¿qué es lo que te pasa?

¿Cómo le explicaba yo a mi hermana que no sabía cómo conquistarla? ¿O que, de hacerlo, lo nuestro iba a ser flor de un día? Pues como lo he hecho toda la vida: encogiéndome de hombros y negando la evidencia.

–No sé qué hacer.

–¿Has probado a pedirle una cita?

–¿Eso se hace en la vida real?

Entonces sí, se oyeron unos pasos por la escalera, pero no era Eli, sino Jaime.

–¿De qué habláis?

–Uy, qué bien me vienes. –Christine le dedicó una sonrisa pícara que me dio bastante grima–. Explícale a tu cuñado cómo puede conquistar a Eli en los días que le quedan aquí. Que tú de eso sabes mucho.

–Pero yo no quería conquistarte. Yo quería que recuperaras el espíritu navideño.

–A otro perro con ese hueso, bribón.

–Vale, reconozco que igual me aproveché un poco de los planes navideños para conquistarla –me dijo.

– “Igual” –se burló Christine.

–Ríete lo que quieras, pero aquí estamos.

–Sois muy monos, de verdad –intervine–. Pero yo no tengo diez días.

–Porque eres idiota.

–Deja al chaval en paz, Christine. Y tú no te preocupes, Caleb. Aún tienes tiempo. Nosotros te ayudamos.



Aún tenía la llave de su habitación, pero estaba bastante seguro de que no la iba a pillar del mismo buen humor que hacía unos días, así que preferí llamar a la puerta. Ya había oscurecido y Christine me había asegurado que estaba en su habitación, tras haber dado una vuelta por el pueblo. Me entraron todas las inseguridades del mundo, claro. ¿Seguiría Dani por allí? ¿Habría quedado con él para merendar chocolate caliente o alguna chorrada así?

Eli contestó cuando ya pensaba que no estaba allí.

–¿Caleb?

–¿Cómo has sabido que era yo?

–Por descarte. Y porque nadie más viene nunca a mi habitación.

–¿Puedo entrar? Me da un poco de grima estar hablando con tu puerta.

Tardó, de nuevo, más segundos de los que esperaba y, cuando al fin abrió, sus rizos,

habitualmente revueltos en una maraña que flotaba alrededor de su cabeza, se habían convertido en tirabuzones húmedos. Tenía las gafas empañadas y llevaba un jersey que le quedaba grande. Estaba tan absolutamente adorable que me dieron ganas de darme de cabezazos contra la pared.

–Hola –musitó, demasiado tímida para mi gusto.

–Eh, ¿qué pasa? Soy yo. ¿Desde cuándo nos portamos como si no nos conociéramos?

Eli se relajó. Bajó los hombros y se le dibujó una sonrisa. ¿Siempre había sido tan guapa? ¿Y yo tan jod... rematadamente cursi? Qué ascazo me daba, de verdad. Pero qué guapa era.

–Tienes razón, Caleb. Perdona. No sé qué me ha pasado. ¿Quieres pasar?

–No. Quiero proponerte un plan. –Sí, era un cobarde, pero había desterrado de mi vocabulario la palabra “cita”, por si ella se negaba–. Como sólo te quedan aquí unos días... me preguntaba si te apetecería ir al cine.

–¿Hay cine en este pueblo?

–Eso es problema mío. ¿Te apetece o no?

–Depende.

–¿De qué?

–De si me vas a obligar a ver Frozen o alguna chorrada similar.

–No. Claro que no.

–Hecho. ¿A qué hora?

–Coge tus cosas, te espero abajo en diez minutos.

Pareció sorprendida, pero asintió y yo bajé corriendo a avisar a Jaime de que había que cambiar la película. Sí, habíamos apostado por Frozen. Se ve que aún no conocía del todo bien a Eli. Ella apareció apenas unos minutos después, cuando tanto mi cuñado, como mi hermana y yo, disimulábamos fatal, silbando y metidos en una conversación ridícula. Ella se quedó al pie de las escaleras y se cruzó de brazos.

–¿Qué tramáis vosotros?

–Nada.

–Nada.

–Nada.

Un aplauso para los reyes del disimulo, por favor, que habíamos soltado tres “nadas” a destiempo, lanzándonos miradas de pánico y fingiendo que hacíamos otras cosas.

–Ya veo.

–Venga, vámonos –dije yo, acercándome a Eli.

–¿A qué hora es la película?

Yo sonreí, no contesté, y le di un ligero empujoncito para huir de allí cuanto antes. Eli preguntaba una y otra vez cosas normales, como dónde estaba el cine y a qué hora empezaba la peli. Le di largas mientras la dirigía. Salimos afuera y rodeamos la casa hasta llegar a la parte trasera, donde Jaime y yo lo habíamos preparado todo. Bueno, siendo honestos, él lo preparó todo y yo aluciné con el ingenio de mi cuñado. Incluso felicité a mi hermana cuando volvimos adentro.

Contra la fachada, limpia en este caso de toda esa parafernalia navideña que decoraba la parte delantera, habíamos colocado una sábana, bien tersa gracias a dos palos de madera. Frente a ella, un proyector ya encendido que no tenía mucha potencia, pero hacía el apaño. Y justo detrás, una hoguera grande que mi cuñado había mantenido encendida hasta ese momento y alrededor de la cual habíamos colocado dos hamacas que la señora Amparo tenía en su trastero con acceso a Narnia. Sobre ellas, dos batamantas polares y palomitas recién hechas, cortesía de mi hermana. La verdad es que yo había asistido al montaje de nuestro cine, pero impresionaba verlo así. A Eli se le abrió tanto la boca que pensé que iba a rozarle las clavículas.

–Pero Caleb, esto es...

–Mola, ¿eh?

Ella asintió y se echó a reír.

–¿Qué pasa?

–Nada, nada. ¿Vamos?

Se derrumbó en la hamaca de la izquierda, se cubrió con la batamanta y acercó los pies a la hoguera. Emitía tanto calor que no se notaba el frío, a pesar de que todo estaba nevado a nuestro alrededor. Conecté mi propio smartphone al proyector utilizando un adaptador que me prestó Jaime, y lancé la peli. Regreso al futuro, que siempre me había parecido muy navideña.

Pasamos las dos horas siguientes muertos de risa. Resultó ser una de las pelis fetiches de Eli, que disfrutó como una enana y recitaba los diálogos de memoria. Y yo, como la nieve alrededor de la hoguera, me derretía. Nos pusimos tibios a palomitas, un chocolate caliente que nos trajo Christine recién hecho de la cocina y un par de tabletas de turrón. Al acabar, con el estómago lleno y una sonrisa triunfal en la cara porque, había que reconocérmelo, había sido un planazo, la acompañé a la habitación. Sin embargo, al llegar, ella se colocó contra el marco, impidiéndome el paso.

–Ha sido estupendo.

–Sí, lo ha sido. Lo he pasado muy bien, Eli.

–Pero podías haberme dicho que íbamos a tener una cita. Me hubiera arreglado más.

–No era...

–Caleb, por favor.

–Vale. Era una cita.

Ella volvió a reírse, igual que había hecho al llegar a la zona donde había montado el cine.

–Si es que lo supe desde el momento en que me invitaste al cine. Es una primera cita de libro.

–Vale, vale. No hace falta que te cebes conmigo tampoco...

Eli se puso de puntillas para llegar a mi mejilla. Apartó un poco mi pelo y dejó allí un beso rápido.

–Yo también lo he pasado muy bien, Caleb. Estoy deseando repetir.

Casi como si se avergonzara de esas últimas palabras, se sonrojó y se metió corriendo en su habitación. Y yo me quedé allí plantado, como un pasmarote o un profundo idiota, sintiendo aún el calor de su piel contra la mía.

Capítulo 7

29 de diciembre.

El día 28 fue un auténtico caos en la casa. Inocente de mí –nunca mejor dicho–, creí que estaba a salvo de bromas porque en alguna película chunga había oído que en el Reino Unido el día de los Inocentes se celebraba en abril. Pero se ve que a Christine le gustaba más la jarana que a un niño un lápiz de colores, así que se unió a la ascendencia española de Jaime. Y en buena hora. Cuando bajé a desayunar casi muero del susto, porque la tía tuvo a bien aparecer en el comedor gritando que se había incendiado el árbol de navidad que había en la plaza del pueblo. Todos los que estábamos allí salimos corriendo de la casa. Algunos incluso todavía llevaban puesto el pijama. Cuando llegamos a la plaza no sólo no había ningún incendio, sino que nos encontramos con la señora Amparo, la dueña del bar, y su marido, con una pancarta enorme en la que ponía “Inocentes” en letras tan grandes que seguramente pudieran leerse desde el espacio. Y, debajo de ella, Dani sujetaba un enorme muñequito de cartón que debía medir metro y medio de alto. Allí ya sólo faltaba Juan y Medio y una azafata que nos trajera un ramo de flores.

A media tarde estaba tan aburrida ya de cojines que hacían ruidos de pedorreta al sentarse, de saleros con la tapa medio desenroscada para que todo el contenido cayera sobre el plato, y de llamadas de urgencia que resultaban en gritos de “inoceeeeente, inoceeeeente”, que me encerré en mi habitación bastante malhumorada. Por un momento, tuve tentaciones de volver a la casa de mis padres, pero recordé a la tía abuela Rigoberta, la de los pelillos puntiagudos en la barbilla, y me convencí de que era mejor esperar a que terminaran las fiestas. Eso sí, aproveché para hacer una videoconferencia. Por aquello de que no se pensaran que me había olvidado de ellos.

–¡¡¡Hola, hija!!! –gritó mi madre, con la cara pegada a la pantalla–. Uy, has estado comiendo bien, eh...

–¿Qué quieres decir con...? –Mi madre se agarraba la barriga y yo puse los ojos en blanco–. Bah, da igual. ¿Qué tal las navidades?

–Te echamos de menos.

Mi padre asomó entonces la cabeza en el minúsculo hueco que le dejaba mi madre, que debía entender que para que yo la oyera bien tenía que pegar la cara a la cámara.

–Bueno, tampoco te echamos mucho de menos, Eli, la verdad. Es que ya sabes que somos muchos.

–Ah, genial. Gracias, papá.

–No te enfades, mujer, si ya sabes que te queremos mucho.

–Ya, ya.

–Oye, ¿y Daniel cómo está?

Me rasqué la frente con desesperación.

–Pues bien, supongo. No lo sé, papá. Es lo que tiene que lo hayamos dejado, ¿sabes? Que ya no tenemos tanto trato.

Mi madre volvió a acaparar su espacio.

–Ay, hija, qué maltomada eres. Es que el otro día nos llamó su madre y nada, que ya sabemos que ha ido a buscarte. ¿Qué tal? ¿Os habéis arreglado ya?

–Y dale Perico al torno. Que no hay nada que arreglar, que Dani y yo lo hemos dejado y ya está.

–Pero hija, con lo buen partido que es...

–Ea, pues ya está, me alegro de haberos visto. Felices fiestas.

Corté la llamada enfadada. Pensé en llamar a mi amiga Soraya, pero es que no me apetecía nada ponerla al día de las novedades. Poco se habla de las explicaciones que hay que dar cuando todo el mundo está enamorado de tu ex novio. Todo el mundo, menos tú. Por eso, me enfundé unas mallas de deporte y unas zapatillas y salí a correr. Otra cosa de la que se habla muy poco es de lo cerca que se ve la muerte cuando haces deporte sin estar acostumbrado. Según la aplicación de mi móvil corrí unos dos kilómetros antes de desfallecer y volver con los pulmones ardiendo. Me refugié en el bar de Amparo y accedí a tomarme un par de orujos con ella, que son buenos para la recuperación metabólica. No tengo pruebas científicas de ello, pero tampoco dudas. Al tercer chupito de orujo de hierbas se unió Dani, y al cuarto accedí también a quedarme a cenar. Y, sinceramente, me encantó poder cenar con él, recordar los buenos tiempos y desterrar los malos recuerdos.

—¿Y el día que te apropiaste de mi parte del armario?

—¡Pero si te sobraba sitio!

Dani y yo habíamos tenido muchas cosas y éramos diferentes en otras muchas, pero nos compenetrábamos muy bien. La nuestra había sido una relación tranquila, sin sobresaltos. Y como habíamos empezado por el orujo, terminamos brindando con un vaso de agua. Yo ya arrastraba ligeramente las erres y Dani estaba demasiado cariñoso para mi gusto, así que creí que era el momento de poner tierra de por medio.

—Gracias por la cena.

—Gracias por quedarte.

El alcohol me había sobreestimulado el cerebro. Siempre habíamos sido correctos. Siempre con los sentimientos bajo control. Siempre pacíficos. Nos había faltado un poco de pimienta, ésa es la verdad. Me despedí de él con un abrazo distante porque, quizás por el alcohol, me sentía confundida. Dani era mi calma. ¿Acaso no querían todas mis amigas una relación tranquila, sin sobresaltos? Alguien como él, que nunca se enfadaba, que siempre sabías qué esperar de él. Bien aburrido.

En esas estaba cuando me encontré delante de la puerta de la habitación de Caleb. Estaba a punto de llamar, incluso levanté el puño para aporrear la puerta. Con la mano en el aire me quedé. Y con todas las ganas que tenía de él acumuladas en la boca del estómago. ¿Que por qué no entré a comérmelo entero? Por miedo, y porque no me parecía el momento, después de cenar con mi ex. Me preguntaba todo el rato si Caleb sería más pasional, si era de los que muerden, de los que abrazan hasta fundirse contigo. Y con todas esas preguntas en la cabeza me dormí y tuve una noche de lo más agitada.



La luz entraba a borbotones y yo estaba teniendo un maldito dejá vu.

—¡Caleb por favor, cierra las cortinas!

—De eso ni hablar. Arriba. Hace días que no hace un sol como este.

—¿Y a mí eso en qué me afecta exactamente? ¡Que quiero dormir!

—Y yo quiero proponerte que vayamos a cenar.

Abrí un ojo y miré mi reloj de pulsera.

—¿A las nueve y media de la mañana?

—No. Pero así me ayudas a prepararlo todo.

—¿A las nueve y media de la mañana?

—Se te ha rayado el disco.

–Y tú te has vuelto loco y no me ves yendo a tu habitación a decírtelo.

–Venga, dormilona, levanta.

–Pero ¿a ti nunca se te acaban las pilas?

–Claro que se me acaban. A las once de la noche caigo rendido como los conejitos aquellos del anuncio. –Caleb se fue subiendo a la cama mientras hablaba y empezó a dar botes sobre ella–. ¡Levanta, dormilona!

–Por favor, que alguien me mate.

No añadí nada más, sólo le arrojé la almohada a la cabeza, cogí algo de ropa de camino al baño y me arrastré dentro de la ducha. Veintitrés minutos después ya volvía a ser persona y seguí a Caleb hasta un coche que estaba aparcado casi junto a la puerta de la casa. Al pasar por recepción Christine me dio una bolsita de papel que contenía una taza de café para llevar y un cruasán de mantequilla.

–Dios te bendiga –le dije.

–De nada. Si es que conozco yo la energía que tiene mi hermano...

–Me desborda.

–Es una cualidad que tiene.

Me tiré la primera media hora de viaje asimilando que estaba despierta, tomando café, comiéndome el cruasán a mordiscos enormes y mirando por la ventanilla. Caleb había puesto una emisora que se recreaba en poner un villancico tras otro.

–Por dios, ¿podemos poner otra cosa? –pregunté, señalando la radio.

–Desde luego, que poco espíritu navideño. ¿Quieres que le pida a Jaime que te ayude a recuperarlo?

–¿Cómo dices?

–Nada, nada. ¿Prefieres que te ponga música?

–Por favor.

Seleccionó en el cuadro de mandos su mp3, que llevaba enchufado en un puerto usb, y empezó a sonar su propia música. Saltaba de Vetusta Morla a Love of lesbian y Leiva, y muy pronto los dos cantábamos a coro en el coche.

– Le puso a su nombre la graaaaavedaaaaad...

Yo sonreía, él sonreía y yo notaba los nervios en el estómago. Me centré en la letra de las canciones hasta que, antes de lo que pensaba, llegamos a la ciudad. No era la más cercana, pero sí que se notaba que era la favorita de Caleb. Quizás por la cercanía del mar a las montañas nevadas o porque estaba llena de vida. Incluso a media mañana de aquel sábado frío aunque soleado se veían las calles atestadas de gente. Muchas personas iban cargadas con bolsas de regalos.

–Se me habían olvidado por completo los Reyes –dije, en medio de la calle más comercial de la ciudad–. Quizás podría aprovechar para comprarles algo a mis padres y a mi mejor amiga.

Caleb sacó su móvil del bolsillo y abrió la agenda.

–Tengo las compras planificadas para las 18:00.

–¿18:00? A sus órdenes, mi capitán.

–Bah.

Paseamos. Paseamos mucho. Él quería que yo descubriera cada rincón, desde el mar hasta las calles más alejadas del centro, rodeadas de prados hasta donde alcanzaba la vista. Desde las iglesias más espectaculares hasta las galerías de arte más escondidas. Apenas paramos para comer, sólo nos sentamos en una terraza a picotear algo rápido. Hacía frío, pero sentir los rayos de sol sobre la piel mientras Caleb hablaba emocionado sobre aquella ciudad, que visitaba cada vez que venía a ver a su hermana, tenía algo de reconfortante. Tenía un gorro de lana en la cabeza

y una camisa de cuadros que le quedaba perfecta. Su melenita, castaña, tenía reflejos dorados al sol, y sus ojos marrones brillaban por culpa del entusiasmo. Me estaba abriendo las puertas de una parte de él, esa a la que le apasionaba descubrir rincones tanto como a mí. Y yo entré hasta el fondo. Él quería compartir conmigo sus sitios favoritos y yo quería que me lo enseñara todo. El café lo cogimos para llevar porque ni él era capaz de estar más tiempo sentado, ni yo podía estarme quieta. Me llevó a pasear por el parque mientras nos lo tomábamos y, de allí, vuelta al paseo marítimo. Entramos en la catedral y, cuando ya anoecía, vimos el atardecer reflejarse en el mar. Nosotros, apoyados en la barra, codo con codo, hacíamos una foto tras otra. Hasta que desistimos, porque ninguno de nuestros móviles era capaz de capturar todos los matices de color.

Y de allí me llevó a la que, sin duda, se convertiría en mi parte favorita de la ciudad.

De noche, todo cobraba otra vida. Una llena de las miles de luces que colgaban en todas las calles del centro. Había bajado la temperatura y nos arrebujamos dentro de los abrigos mientras paseábamos por delante de todos los escaparates decorados. Caleb entró conmigo en las tiendas de barrio, pero negaba con la cabeza delante de las que pertenecían a alguna cadena.

–Yo soy muy de pequeño comercio, Eli.

–Y yo, y yo –mentía, mirando cómo unos pantalones rotos de Zara me ponían ojitos.

Él se reía mientras esperaba fuera. Después de la calle más comercial me llevó a una plaza que parecía recién sacada de una película. Estaba llena de puestecitos, cada uno con un montón de figuras y regalos a la venta. Los más cercanos al centro olían a muerte lenta por dulce, chocolate o vino caliente. Y en un lateral, había un enorme tióvivo lleno de pequeñas luces. Detrás de él, una bocacalle dejaba entrever el mar. Si suena bucólico, tenerlo delante hubiera provocado un espasmo de Mr. Scrooge.

–Pero Caleb, esto es...

–Excesivo. Lo sé. Jaime viene aquí a regodearse de vez en cuando en esa obsesión navideña suya.

–Iba a decir que es precioso. –Él sonrió, tímido–. ¿Y tú? ¿A qué vienes?

–Te va a parecer una tontería.

–Lo dudo.

–Me gusta pasear por aquí y... ver a la gente feliz.

No sólo no me pareció ninguna tontería, sino que me despertó mucha ternura, así que me agarré a su brazo un poco más fuerte de lo necesario mientras seguimos paseando.

De vuelta a la casa yo tenía el estómago calentito y estaba enfurruñada porque Caleb no me había dejado ponerme ciega a todas las galletas que había en aquellos puestos de la plaza. Me había dicho que le estropearía la sorpresa y yo, a regañadientes, tuve que soltar el último pretzel. Casi había olvidado que había aparecido como un millón de años antes por mi habitación para decirme que iba a invitarme a cenar. Tenía toda la intención de subir a la habitación las bolsas con las compras y utilizar eso como excusa para darme una ducha, lavarme el pelo, ponerme un buen gel fijador para darle forma a los rizos, descubrir si me había dado la cabeza para meter algún vestido aplicable a una segunda cita y hasta limpiarme las gafas si hiciera falta. Sin embargo, no pude hacer nada de eso.

Al entrar en la casa, todo estaba oscuro. Pensé por un momento que algo grave debía haber pasado, antes de darme cuenta de que había unas pequeñas bombillas en el suelo, iluminando el camino hacia el comedor. Caleb me quitó las bolsas de las manos y las dejó allí mismo, en el recibidor. Después me cogió la mano y me dio un pequeño apretón.

–¿Lista?

–Pues no.

–Perfecto.

Eché a andar, aún con su mano enlazada en la mía, hacia el pequeño salón. No tenía ni idea de qué habrían hecho con el resto de las mesas (¿estarían en el almacén-Narnia de la señora Amparo?), pero sólo había una mesa, muy cerca de la chimenea. Sobre ella, dos velas rojas, una grande y una pequeña, encendidas pero aún sin consumir, y una vajilla preciosa. Los platos eran blancos, con un pequeño ribete de ramas de acebo, y hasta las copas parecían de cristal labrado.

–Estoy impresionada.

–Pues aún no has visto nada.

Caleb se quitó el gorrito de lana y se lo metió en el bolsillo. A continuación, carraspeó, como si quisiera llamar la atención de alguien. Y efectivamente, alguien salió de la cocina. Christine, para ser más concretos, que llevaba una botella de vino en una mano y una cubitera en la otra.

–Buenas noches, señores.

–No doy crédito. ¿Has convencido a tu hermana para que sea nuestra camarera?

–Si no le importa a la señorita, la maîtresse y organizadora de todo esto –puntualizó ella, divertida–. ¿Les apetece empezar con el entrante, o prefieren esperar un poco?

–El entrante está bien, Chris –pidió, cariñoso, Caleb–. Gracias.

Ella se fue y yo quise distender un poco el ambiente.

–¿Desde cuándo eres tan... dulce?

–Desde que alguien ha llegado para endulzarme la vida, supongo.

Me coloqué la servilleta sobre el regazo, un poco incómoda.

–Caleb, por dios, vuelve.

–¿Cómo?

–Que vuelvas. Que todo esto me encanta –dije, señalando a todo el salón, y luego a él–. Pero este no parecees tú.

–¿Y quién soy yo, Eli?

Pues alguien un poco más gamberro, que me llevaba de excursión y me vestía de duende. Alguien que parecía dispuesto a tirarme encima de la mesa, y no alguien que decía –y hacía – cosas muy similares a las que hacía mi ex. Pero fue pensar en eso y caer en la cuenta de qué estaba pasando.

–Dios mío, estás compitiendo.

–¿Qué dices?

–¡¡¡Estás compitiendo!!! ¡¡¡Te has enterado de que el otro día cené con Dani y me estás demostrando que tú puedes hacerlo mejor!!! – Él agachó la cabeza. Pillado infraganti–. No me lo puedo creer. Es que no me lo puedo creer.

Volvió a mirarme. Había fuego en sus ojos.

–¿Y qué querías, Eli? ¡¡¡Yo sólo quería tener una cena romántica contigo, igual que tú la tuviste con... con ese... con tu ex!!!

–¡¡¡Aquello no fue una cena romántica!!!

–¿¿¿Y cómo querías que lo supiera, si desapareces cuando te da la gana?

Se arrepintió en el acto e intentó pedirme perdón, pero yo arrojé la servilleta encima de los platos, aún vacíos, y me fui de allí. ¿No querías pasión, Eli? ¿No querías alguien completamente distinto de aquel Dani frío que nunca expresaba emociones? Pues ahí lo tenías, puesto en bandeja, con sus celos y con todo. Me fui a mi habitación muy cabreada. Pero antes pasé por la cocina a recoger unos cuantos tupperes. Porque una podrá ser muy digna dentro de sus enfados, pero también tenía mucha hambre. Y que yo estaba enfadada con Caleb, no con su

hermana. Pobrecita. No iba a hacerle ese feo.

Me encerré en mi habitación. Y al día siguiente madrugué para escaparme bien lejos. No quería ni cruzármelo.

Capítulo 8

30 de diciembre.

Caleb

Había metido la pata y no sabía en qué. Es más, estaba muy convencido de que yo tenía razón y ella no. A fin de cuentas, era yo el que le había preparado una cena romántica y ella la que me había dado un desplante, dejándome allí con los trescientos kilos de comida que había preparado mi hermana. Christine fue muy comprensiva en ese momento.

–Tú entero, Caleb, que esto no es nada.

–Pero con todo lo que habías trabajado...

–Bah. Mañana lo pongo en platos de postre y pongo un cartel de degustación de platos navideños. Tengo un señor en la tercera planta que va a aplaudir con las orejas en cuanto huela el cordero. Además, Eli se ha llevado varios tupperes.

Me palmeó la espalda, pero yo estaba de muy mal humor y me fui a mi habitación a regodearme en la miseria. Sí, vale. Me había enterado de lo de la cena de Eli con su ex, porque tampoco es que ella se esforzara mucho en ocultarlo, así que la señora Amparo se fue de la lengua al día siguiente cuando fui a despejarle el camino de la entrada, que se le había enterrado en nieve. Y la noticia me sentó como un tiro. Bien sabía yo que no tenía derecho a enfadarme porque ni éramos nada ni, aunque lo fuéramos, tenía yo derecho a decirle con quién cenar. Pero, por muy racional que suene eso, saberlo me cabreaba. Y en un momento de irracionalidad absurda, pensé que aquello, efectivamente, era una competición y que yo quería que Eli me eligiera a mí. Así que mi cena debía ser mejor, más romántica y con más platos. Y se me olvidó que la que tuvo con su ex había surgido de una forma natural, o al menos eso me había contado la señora Amparo, y la mía acabó en catástrofe. En mi habitación barrunté que, con todo aquello, podría haberla lanzado a los brazos de su ex. Puede que incluso ya estuviera con él entregándose al fornicio.

Sí. Se me fue la olla. Tuve hasta pesadillas con ellos dos.

Por eso, a la mañana siguiente, la del día treinta, decidí ir a su habitación, pedirle perdón y postrarme a sus pies. O rasgarme la camisa. Rollo “Un tranvía llamado deseo”. No sé por qué me decían que yo tenía una vena dramática. Yo me veía muy contenido. Con todo eso carcomiéndome las tripas, llamé a su puerta casi antes de que saliera el sol. Pero no me contestó. Volví a probar. Nada.

Cabizbajo, bajé las escaleras. Mi hermana ya estaba en recepción y hasta allí llegaba el olor del roscón de reyes que debió hornear a primera hora. Apoyé los brazos en el mostrador y dejé caer la cabeza sobre ellos.

–Voy a morir solo.

–Buenos días, Caleb. Veo que vienes con el drama disparado hoy.

–Me voy a la protectora a adoptar a mi primer gato.

–Así me gusta, que no compres.

–¡Christine!

Refunfuñaba, con la cara contra el mostrador, preguntándome dónde se había ido la comprensión que mi hermana había tenido el día anterior.

–¿Qué?

–¿Puedes, por favor, tomarte en serio mi problema?

–Pues me gustaría mucho, pero es que no sé de qué problema hablas.

–De ella.

–¿De quién?

Al fin, me enderecé, de muy mal humor.

–¿De quién va a ser? ¡¡¡De Eli!!!

–¿Tienes un problema con Eli?

–Pero si tú estuviste presente anoche.

–Sí, pero es que anoche los dos os portasteis como imbéciles. No sabía que el problema era exclusivamente tuyo. –No contesté, pero alcé una ceja, interrogante–. Ella se enfadó porque creyó que tú intentas competir, conquistarla por las malas, o qué sé yo, y tú porque ella se enfadó porque no le gusta tu forma de hacer las cosas. No tenéis razón ninguno de los dos.

–Entonces, ¿qué hago?

Ella se encogió de hombros.

–Quizás ella no sea una chica de grandes gestos, Caleb.

–Pero a Jaime contigo le funcionó lo de los planes románticos...

–Tú eres idiota. ¿Te crees que todas somos iguales y nos gustan las mismas cosas, o qué pasa?

–Y yo qué sé. A mí me pareció buena idea. Y si a ti no te lo parecía, bien podías habérmelo dicho antes. Anoche, por ejemplo.

–¿Y cómo voy a saber yo lo que le gusta a la tía de la que estás enamorado? Eres mi hermano y te quiero, pero de verdad que a veces creo que no te llega bien la sangre al cerebro. A saber dónde la tendrás concentrada.

–Por dios, Chris...

Ella sacó un libro de debajo del mostrador (¿cuántos tendría allí metidos?) y se enfrascó en la lectura, como dejándome bien claro que se había acabado la conversación. Yo salí de la casa. Necesitaba aire fresco. Y con el frío azotándome la cara al fin conseguí aclararme las ideas. Quería compartirlas con ella, pero no sabía si se habría ido del pueblo para no volver, si simplemente necesitaba espacio o qué. Caminé por los alrededores. La nieve comenzaba a derretirse, pero varias nubes amenazaban tormenta. Entonces la vi. Caminaba de acá para allá, haciendo aspavientos y con esa mata de pelo que la rodeaba sin ningún producto que le diera forma. Era como un león enfadado. En seguida me di cuenta de que estaba hablando por teléfono y tuve tentaciones de acercarme a pegar la oreja, pero sabía que no me lo iba a perdonar. En lugar de eso, me refugié en el bar de Amparo.

Allí dentro estaban un par de vecinos desayunando y la propia señora Amparo detrás de la barra, preparando más cafés. Me acerqué a ella.

–¿Me pone un café con leche, Amparo?

–No.

–¿No? ¿Cómo que no?

–Que no. Que tú quieres robarle la novia a mi Daniel.

Si me pincharan en ese momento, no hubiera sangrado.

–¿Que yo quiero qué?

–Encima de rompecorazones, sordo. Yo es que no sé qué ha visto en ti la muchacha.

–Mire, Amparo, si yo sólo quiero un café con leche...

–Pues que te lo ponga Cristina.

Yo a esas alturas tenía ya la cabeza como un bombo. Y, como para rematar la faena, apareció el ex novio para desayunar. Si es que quién me mandaba a mí...

–Hombre, si está aquí Romeo.

–¿Me dices a mí? –pregunté, de forma bastante absurda, ya que el resto de las personas

que había en el bar rondaban una media de edad en torno a los setenta años.

–Ponme un cortadito, Amparo, por favor –pidió.

–Ahora mismo, mi niño.

Ah, que para él sí que había café.

–Bueno, que yo ya me iba. Que tengáis buen día. Amparo, ya sabe que mañana cenamos a las nueve. Por lo de la nochevieja.

Ya me iba a ir mientras Amparo protestaba porque no había incluido a su Daniel en la invitación, cuando el aludido suspiró.

–No dejaba de hablar de ti. –Esperé a que continuara, sin atreverme a decir nada–. Elisa. Es cierto que tuvimos una cena agradable recordando viejos tiempos, pero cuando la llevé a la casa, todo era “Caleb esto, Caleb lo otro”. Creo que ni siquiera cuando estábamos juntos hablaba tanto de mí. Y eso que yo era la otra parte de la pareja.

Asentí, me metí las manos en los bolsillos y me fui sin saber qué decirle. No quería hablar de Eli con el tío que sigue llamándola Elisa, sabiendo que no soporta que la llamen así. Eli, por cierto, seguía fuera, pero ya no caminaba ni hacía aspavientos. Sólo estaba sentada en un banco, encogida por el frío. Me acerqué a ella.

–¿Me puedo sentar?

–No veo ningún cartel que lo prohíba.

–Si vas a estar a la defensiva, mejor lo dejamos estar.

Ella me miró, con aquellos ojos marrones que, tras las gafas, parecían enormes.

–Perdona. Siéntate.

Me senté a su lado y la acerqué a mí. Al principio estaba tensa, pero en cuanto reconoció la familiaridad del contacto, se relajó. Pasé el brazo por su espalda y le froté el hombro contrario.

–Se nos da fatal ligar –bromeé.

–Yo no entiendo cómo pude tener pareja –bromeó ella también, mientras cabeceaba en dirección al bar de Amparo.

–Yo nunca he sido capaz de tenerla.

–Caleb yo... perdona. No sé qué me pasó anoche. Me sentí forzada a tener un tipo de cita del que me quedé muy harta. Y vine aquí a desconectar y olvidarme de relaciones, no a meterme en otra.

–Lo entiendo. Debí seguir tus tiempos.

–No puedo obligarle a irse.

Volvió a señalar en dirección a la casa. Yo asentí. No era a mí a quien le correspondía decidir qué clase de relación debían tener. Ni para atarla. Intentar atar en corto a Eli era como intentar ponerle puertas al océano.

–No te voy a pedir que lo hagas. Tampoco debí pedirte explicaciones de cuándo vas, vienes, o haces lo que te apetezca. Siento no haber entendido que tú... eres así. Yo sólo quiero pasar el rato contigo.

–¿Qué me propones?

–Olvidarnos de planes románticos y montar una guerra en el pueblo.



La batalla fue multitudinaria. De hecho, se unieron todos los niños que había en el pueblo, mi hermana y mi cuñado, los huéspedes de la casa y hasta la señora Amparo, bien pertrechada y colgada del brazo de Dani. Mis padres se quedaron sentados en un banco, animando, aunque sin

saber muy bien a quién. Yo preparé el terreno donde iba a celebrarse la guerra.

–Como cabecilla de lo que en los libros de historia pasará a la posteridad como la Gran Batalla Campal de este pueblo...

–¿No te parece que igual estás exagerando un pelín?

–Eli, por favor, te agradecería que no le quites epicidad a nuestra gesta.

–Hala, hala, qué manera de venirse arriba –interrumpió, en esa ocasión, mi hermana.

–De verdad, de haber existido vosotras cuando William Wallace soltó su discurso, la peli hubiera durado dos horas menos.

–Pues mira, justo las dos horas que llevas aquí dando vueltas en lugar de dejarnos empezar a jugar de una puñetera vez.

Le saqué la lengua a mi hermana, puse los ojos en blanco y alcé el brazo que sostenía el pañuelo. A mi derecha y a mi izquierda los dos cabecillas de cada bando esperaban en posición de echar a correr. Eran dos de los niños más mayores del pueblo, que tenían las caras pintadas: Uno de azul y otro de naranja. Detrás de ellos el resto de los participantes, divididos en dos. Daba miedo ver la cara de pura furia que tenía la señora Amparo. De la mano que no tenía enganchada al brazo de Dani colgaba un bastón. Yo juraría que nunca la había visto usarlo para caminar, así que tenía mis sospechas de que lo iba a usar para agredir a alguien. Decidí lanzar un aviso antes de empezar.

–Os recuerdo, porque os veo venir, que no se permiten agresiones físicas.

–¿No habíamos quedado en que era una batalla de bolas de nieve?

–Bolas de nieve no son bastonazos, señora Amparo, que nos conocemos. –Agité el pañuelo en el aire y luego bajé el brazo hasta colocarlo en perpendicular a mi cuerpo–. Que empiece la gran batalla campal... ¡¡¡Ya!!!

Los dos niños echaron a correr con un alarido que me asustó. Sujeté el pañuelo con la punta de los dedos para que no se llevaran también mi brazo. Que le tenía un cierto aprecio. El niño que lideraba el equipo de Amparo, el de la cara azul, llegó un par de segundos antes y, con otro alarido terrible, huyó en dirección a su equipo. Yo volví con el mío, en el que también estaba Eli y Christine, pero no Jaime porque se lo había tomado como una especie de juego de chicos contra chicas. No sé en qué lugar me dejaba eso. El caso es que dejé que mi hermana y el crío que había corrido a por el pañuelo lideraran todo el percal y yo me dediqué a disfrutar. Pretendíamos que fuera tipo paintball, pero con bolas de nieve en lugar de las famosas pistolas de pintura. Así que, bueno, teníamos que confiar unos en otros, porque no había forma de saber si nos habían dado, más allá de algún grito de dolor cuando el bolazo era muy cercano. Por lo demás, nuestra misión consistía en ir a robar el pañuelo sin que nos “mataran” los del equipo contrario. En el primer conato de asalto nos derribaron a dos de nuestros miembros. Uno de ellos rondaba los ochenta años y se desestabilizó en cuanto le rozó la bola de nieve. Eli estaba desatada. De pronto, mi chica se había convertido en el puñetero Rambo, corriendo de acá para allá, esquivando bolazos y arrojando proyectiles como si no hubiera un mañana o si sus rivales no rondaran ya la edad de Matusalén. Un momento, ¿estaba pensando en “mi chica”?

Me ruboricé como un adolescente en cuanto me di cuenta y, por disimular, eché a correr en dirección a la guarida donde escondían el pañuelo. Intuía que lo tendrían en el almacén-armario que conduce a Narnia de la señora Amparo, y también que seguramente lo tendrían bien protegido, así que le hice una seña a Eli y se acercó a mí. Le expliqué mi teoría.

–Así que quiero que me cubras mientras rodeamos la plaza, así al menos uno de los dos podrá hacerse con el pañuelo.

No sé qué demonios entendió Eli, pero lo que hizo fue echar a correr como alma que lleva

el diablo. Rodeó el árbol de navidad con tanta energía que el pobre abeto perdió la mitad de sus agujas y algunas bolas de la decoración salieron rodando, junto a buena parte del espumillón. Yo me quedé plantado como un pasmarote, viendo cómo mi estrategia militar se iba al cuerno. Mi Rambo particular, no contenta con aquel “disimulo”, cuando llegó al otro extremo de la plaza se puso a agitar los brazos sobre la cabeza.

–Pero ¿vienes o qué? – gritó– ¿Voy a tener que recuperar el pañuelo yo sola?

Yo también comencé a hacer aspavientos para que se callara, pero fue demasiado tarde. Más de la mitad del equipo azul, distraídos gracias a la señora Amparo, que quería liderarles, se volvieron hacia nosotros. Otra vez el alarido del niño que había conseguido hacerse con el pañuelo en primer lugar y, de pronto, varios críos, Jaime e incluso la señora Amparo, corrían hacia mí. Cada uno a su velocidad, claro. No es que Amparo corriera mucho, pero agitaba el bastón sobre su cabeza y entre eso, los críos corriendo con los brazos por delante, y mi cuñado encabezando a aquella panda de chiflados... temí por mi vida. Me vi enterrado debajo de una maraña de piernas, con aquellos pequeños monstruos roedores, y entré en pánico. Eché a correr como alma que lleva el diablo hacia donde estaba Eli, que se echó a reír en cuanto me puse a su altura.

–Por dios, Caleb, que sólo son niños.

–Ya, bueno. Pero corre.

A nuestro alrededor comenzaron a estrellarse bolas de nieve. Me pregunté si alguna llevaría dentro una piedra, porque al estamparse contra el suelo y las paredes de las casas sonaban como auténticos proyectiles. Yo, sin pensarlo mucho, le di la mano a Eli y corrí más rápido, pero fue ella quien se dio cuenta de que estábamos a punto de llegar al almacén de la señora Amparo. En lugar de ir directamente hacia él, giró en dirección contraria, rodeó la tienda de Juan, el chino del pueblo, y entramos en la calle desde el lado opuesto. Seguía siendo ella la que tiraba de mí. Me hubiera gustado no llevar guantes, para sentir al cien por cien el contacto de nuestras manos. Finalmente, ya sin aliento, conseguimos abrir la puerta del almacén. Allí dentro estaba Dani, protegiendo el pañuelo. Es que estaba en todas partes, el tío. Debía tener el don de la ubicuidad.

No lo pensé mucho. Solté a Eli el tiempo necesario para agacharme, coger nieve, formar una bola apretada entre las manos y tirarle al ex un bolazo a la cara que, lo reconozco, iba con demasiada saña. Y seguramente también iba demasiado apretada. El caso es que Dani se llevó las manos a la cara y empezó a gritar.

–¡Jod...! ¡Me has roto la nariz!

–Pero cómo te voy a romper la nariz. Si es nieve.

Pero lo cierto es que estaba sangrando y yo empezaba a sentirme mal. Eli, que tenía las gafas medio empañadas por el cambio de temperatura, volvió a echarse a reír sin venir a cuento. Qué capacidad tenía la mujer para reírse en situaciones extrañas.

–Anda, Dani, ¡pero si tienes sangre en las venas! –soltó, y volvió a reírse mientras me observaba–. Es una broma, hombre. Es que como nunca se enfada ni nada...

–¡Me duele mucho!

–¿Quieres que te pongamos hielo?

Dani asintió y Eli, que debía tener el día tonto, dio un par de pasos fuera del almacén, recogió un poco de nieve del suelo, formó una bola con ella y se la tendió.

–Toma. Seguro que te alivia.

Él le lanzó una mirada furibunda, ella se volvió a reír de nuevo y yo no sabía dónde meterme. Al final, Dani se fue, refunfuñando y poniéndose nieve en la nariz.

Y, de pronto, estábamos solos, rodeados de trastos y en un espacio bastante reducido. Allí dentro olía a humedad y a canela, vaya usted a saber por qué. Eli se quitó los guantes y recogió el pañuelo del suelo. Yo también me quité los guantes, no porque hiciera calor, sino porque me moría de ganas de tocarla. Ella se enderezó, se colocó a unos centímetros de mí y me puso el pañuelo en la mano. La rodeó con la suya y, con el pulgar, me acarició los nudillos.

–El del bolazo en la cara sí que eres tú. Gamberro.

–Creo que le he roto la nariz de verdad.

–Es probable. Como se enteren los Reyes te dejan sin regalo.

–No me importa. Ya tengo todo lo que quería.

Estaba bastante seguro de que había sacado la frase de alguna película, pero qué importaba. Me iba al pelo y era el momento perfecto. Le devolví la caricia y me incliné hacia ella para besarla. Pero como no podía ser de otra forma, todo el tropel del equipo azul eligió ese momento para abrir la puerta y abalanzarse sobre nosotros. Y, vale, me había equivocado con lo de que iba a venir a buscarme la muerte. Pero no nos libramos de unos cuantos mordiscos y moratones.

Ni de la sonrisa de idiotas que arrastramos el resto del día.

Capítulo 9

31 de diciembre.

Yo con Dani nunca había sentido mariposas en el estómago. Ni siquiera había creído en ellas porque me parecían inventos del cine romántico. Con mi ex todo era perfecto, tranquilo, dulce. Incluso en la cama. Pero con Caleb, aunque aún no había pasado nada entre nosotros, todo era emocionante y divertido. Hacía muchos años que no me reía tanto como lo estaba haciendo aquellos días llenos de planes y espíritu navideño. Con Dani las fiestas iban de compromiso en compromiso. Con Caleb... bueno, con él me levantaba llena de emoción para descubrir qué íbamos a hacer. Por eso, cuando llegó el último día del año y de mi estancia en aquella casa y me desperté con el estómago cerrado y una especie de hormigueo, no sabía que aquello que sentía fueran las famosas mariposas de las que hablaba todo el mundo. Pero lo eran. Y las malditas mariposas no dejaban de gritarme que era mi último día, que me lanzara, que me abalanzara sobre Caleb como el día anterior habían hecho los niños –y, misteriosamente, también la señora Amparo– sobre nosotros. Pero el miedo, el saber que cada uno se iría por su lado al acabar las fiestas, me tiraba para atrás. Era como si estuviera dividida en dos mitades y cada una tirara de mí en direcciones opuestas. Al final decidí que una alegría para el cuerpo no le hace daño a nadie y, para cuando terminé de ducharme, darles forma a mis rizos y ponerme unos vaqueros y el jersey navideño que me había regalado Christine por navidad, estaba decidida a empezar el año con muy buen pie.

En la planta baja el ambiente era una locura. Christine había colgado el cartel de “completo” ya el día anterior, y la casa estaba llena a reventar. Por todas partes había gente: Los padres de Christine estaban con Jaime en el comedor, sentados delante de una mesa en la que no cogía un dulce más. Caleb, por algún motivo que no alcanzaba a entender, estaba sentado debajo del árbol, rodeado de niños. Parecía que estaba contándoles alguna historia. Yo no daba crédito a lo que veía desde el pie de la escalera. ¿Es que tenía que ser perfecto? ¿No podía tener la decencia al menos de ponerme más difícil el pillarme hasta las trancas?

–Le encantan los niños –dijo Christine, desde el mostrador.

La voz de Christine me devolvió a la realidad. Y gracias a Dios, porque me había quedado embobada mirándole. Pero embobada nivel “Eli, por favor, cierra la boca, que se te cae la babilla”.

–¿Qué?

–Digo que a Caleb le encantan los niños –repitió, como quien le explica las cosas a un crío pequeño–. Hace años decía que quería tres.

–¿Tres?

–Hijos. ¿Estás bien, Eli?

Sacudí la cabeza, intentando centrarme y procesar la información. Caleb, el Caleb gamberro que me llevaba a hacer rutas en raquetas y organizaba guerras de bolas de nieve. Sin embargo, fue pararme a pensar en esto último y pensar que sí, que le pegaba. Y yo siempre había tenido claro que quería dejar descendencia en este mundo, pero... no era el momento para mí. El caso es que ¿algún momento sería realmente bueno?

Pero ¿qué hacía yo dándole vueltas al tema ese de tener hijos?

–Gracias por la información, Christine.

Di unos cuantos pasos para acercarme al comedor. Tenía hambre. Sin embargo, cuando llegué a su altura, ella volvió a pararme.

–Sólo te lo digo porque él tiene planes, Eli.

–Ah, que me estás lanzando una advertencia de hermana mayor. –Sonreí–. Tranquila, no quiero hacerle daño a tu hermano.

–La verdad es que sois tal para cual.

Ella me devolvió la sonrisa y no añadió nada más, pero salió de detrás del mostrador para darme un abrazo. Las mariposas de mi estómago estaban a punto de volverse locas. A fin de cuentas esa extraña conversación debía significar que Christine sabía que Caleb sentía algo por mí, ¿no?

Le devolví el abrazo y me escabullí fuera de la casa para hacer una videollamada con mi amiga Soraya. Ella estaba más o menos al día de mi situación con Caleb, así que la puse rápidamente al corriente del momento que acababa de vivir con su hermana.

–Entonces ¿Caleb quiere hijos?

–Pues eso parece.

–Pero tú aún no quieres ser madre.

–Mira, Sori, pensar en tener hijos con una persona con la que aún no he tenido un mísero beso me está generando muchísima ansiedad.

–Ah, no te preocupes, tengo drogas legales en el botiquín –me informó. Si es que tener una amiga enfermera tiene estas cosas–. ¿Quieres que le mande a tu madre unas pastillas para cuando vuelvas?

–¡Soraya!

–Vale. Perdón. Pero entonces ¿asumimos ya que estás enamorada de ese señor desconocido?

–Llamarle señor igual es un poco exagerado.

–Ya, bueno, ¿pero lo estás?

–Hasta las trancas. Es que pienso en él y se me ponen los ojos como el emoji ese de los corazones.

–Ugh. Qué grima.

–Ya ves. Me doy un asco, tía...

–Y a él, ¿le gustas?

–Eso creo. Estuvimos a punto de besarnos en el almacén de la señora Amparo.

–Ah, sí. El momento avalancha infantil. Pero, entonces ¿cuál es el problema? O sea, si a ti te gusta y tú le gustas...

–Y cuando me vaya mañana, ¿qué?

–Pues Dios dirá, hija. Oye, cambiando de tema, ¿puedo pasar la nochevieja con vosotros? Se me han caído todos los planes.

–Supongo que no habrá problema.

Pues también tenía razón, qué narices. Así que, una vez decidida a ir a por todas, pero con los nervios bulléndome en el cuerpo, aproveché para ir a correr. A la vuelta, decidí comer en el bar de Amparo, con ella, su marido y Dani. Después, dado que Soraya me había informado de que estaba de camino en su coche, sin esperar a que yo le preguntara a Christine, fui a hablar con ella. No es que me prestara atención, porque ya estaba hasta las cejas con los preparativos de la cena.

–¿Que si puede venir quién?

–Mi amiga Soraya.

–Que se venga, si total donde comen trescientas personas comen trescientas una.

Estaba exagerando, claro, pero me quedé más tranquila. Jaime, Caleb y sus padres también estaban echando una mano. Como vi a Christine bastante agobiada y, la verdad, me moría de ganas

de pasar un rato con Caleb, yo también me acerqué a ayudar con el cambio de decoración. Estaban planeando un fiestón por todo lo alto, así que estaban despejando el salón-comedor, retirando a un lado el árbol y colocando todas las mesas de manera que formaban dos mesas, alargadas, que ocupaban la mitad del comedor. El resto de la sala estaría destinada en exclusiva a la fiesta. Después inflamos con helio cuatro globos enormes con los números del año que entraba, en color dorado. Yo misma los até a cuatro peanas negras la mar de elegantes. Iban a servir como parte del photocall, así que colocamos en la pared unas cortinas de terciopelo granate que, según Jaime, les había cedido una vecina del pueblo porque ya no las necesitaba en el palacio de la familia. Yo no quise preguntar más. Pusimos una estantería en forma de escalera en un lateral del photocall improvisado y, en ella, unas cuantas cajas de madera rústica, donde colocamos accesorios varios. Había desde sombreros hasta guitarras hinchables, pasando por un sinfín de gafas en forma del número del año que entraba, diademas con árboles de navidad, boas con plumas de todos los colores y pajaritas cuajadas de acebos. Todo era horterero y maravilloso a la vez. Alguien trajo una tele bastante pequeña y la colocó sobre la chimenea, para poder sintonizar las campanadas. Sobre cada plato, yo misma puse un pequeño paquete que habían estado preparando entre todos aquella tarde. Cada uno de ellos estaba envuelto en papel de estraza y una cuerda de yute, y contenía un paquete de serpentinas, otro de confeti y un matasuegras. A las mesas tampoco les faltaba detalle. Los manteles eran rojos, con diminutas estrellas doradas, y los platos que ya había sobre ellas eran blancos, con sus ribetes con diminutos acebos. Los reconocí de la cena de nochebuena, y ese pequeño recuerdo me hizo sentir casi como una más de la familia.

Caleb intentó acercarse a mí en varias ocasiones. Incluso, utilizando la excusa de ir a buscar más confeti, quiso quedarse a solas conmigo. Y yo me escaqueé de malas maneras. Le había visto mirarme todo el día. Le había pillado mordiéndose el labio cuando creía que yo no estaba prestándole atención. Sabía, porque se lo veía en sus gestos, que se moría de ganas de besarme, igual que yo me moría de ganas de morderle hasta el alma. Pero ya puestos, ya habiendo decidido que quería amanecer el día de año nuevo a su lado, yo quería hacer las cosas bien, y devolverle parte del esfuerzo que él me había dedicado. Así que cuando al fin acabamos de prepararlo todo, cuando ya el salón estuvo listo y no quedaba nada que hacer porque Christine nos echó de “su” cocina, cuando parecía el momento óptimo de escaparnos a solas, yo salí disparada a mi habitación. Aún tenía cosas que hacer.



Caleb

Creí que me volvía loco. Lo juro. Sentía impulsos casi animales, instintos que me gritaban que me acercara a ella con cualquier excusa. Cada vez que me alejaba, me dolía. Y cuando volvía a su lado, me daba por reírme por cualquier tontería, porque sentía un alivio casi físico. No sé cómo había llegado a ese punto. No sabía si había sido el paso de los días, conocerla mejor, pasar tiempo con ella, o los planes que preparé para que se olvidara de su ex, pero aquel día pensé que iba a perder la cabeza. No podía dejar de mirarla. Me había vuelto a convertir en un adolescente y lo cierto es que, aunque yo creí que disimulaba bastante bien, recibí varios codazos por parte de Jaime.

—Por dios, Caleb, disimula un poco, que parece que lleves un mes sin comer y te hayan puesto delante un pastel de chocolate.

Sonreí, nervioso, y asentí para darle a entender que tenía razón. Y la tenía. No porque yo la viera como un trozo de comida, sino porque así era justo como me sentía: Como si después de toda una vida recorriendo el desierto, fuera ella quien me trajera un vaso de agua. En cuanto ese pensamiento me atravesó, quise darme de bofetadas. Sí, estaba enamorado de ella. Y al día

siguiente se iría. Y atravesar el desierto es una cosa, hacerlo después de conocer la existencia de un oasis, otra muy distinta.

Me hubiera abofeteado a mí mismo sólo por pensar de esa forma, la verdad. Porque, además, conforme pasaban las horas y yo buscaba excusas para estar con ella, notaba como Eli se distanciaba. Yo intentando acercarme y ella alejándose. Para cuando acabamos las tareas y ella corrió a esconderse en su habitación, yo estaba total y absolutamente convencido de que había malinterpretado todas las supuestas señales que ella me había enviado. Cabizbajo, me acerqué a mi hermana en cuanto ella se marchó.

–Creo que no voy a bajar a cenar. No me encuentro bien.

Ni tenía ánimos de tener delante a Eli. Además, sabía que también habían invitado a Dani, porque ese señor ya parecía más habitante del pueblo que la propia señora Amparo. Don Perfecto se había ganado ya la simpatía de todo el mundo, así que casi parecía un sacrilegio dejarle fuera. A mí no me entraba en la cabeza. ¿Y si a medianoche Eli decidía que le apetecía besar a Dani? Yo no tenía fuerzas para presenciar aquello.

La que sí tenía fuerzas era mi hermana. Al menos para sacudirme una sonora colleja que retumbó por todo el recibidor. Me rasqué la nuca. Picaba.

–¡Au!

–Repíteme si hay huevos cómo es eso de que mi hermano no va a venir a mi cena de nochevieja.

–Es que...

–¡Ni es que, ni “*es ca*”! –gritó–. ¿Quieres que le diga a mamá que no vas a venir a cenar porque estás triste por una tía? ¡Que no tenemos quince años, Caleb!

–¿“*Es ca*”? Ostras, Christine, estás para ser madre ya.

–¡¡¡Que subas a ducharte y cambiarte!!! ¡¡¡Te quiero aquí a las nueve en punto!!!

Y yo obedecí, claro. Porque cualquiera le llevaba la contraria a mi hermana. Así que, aún con el nubarrón en la cabeza, me fui a mi habitación y dediqué una hora y media a ver en Netflix una peli sobre posesiones infernales. Cualquiera cosa que me quitara de la cabeza que era nochevieja, que no tenía ni puñetera gana de celebrar nada y, sobre todo, que Eli se iba al día siguiente. Con los veinte minutos que me sobraron me dio tiempo a darme una ducha, afeitarme, ponerme unos vaqueros limpios y abrirle la puerta a mi madre, que me traía una camisa y una americana.

–No pienso dejar que bajas con una de tus camisas de leñador.

–Pues yo no veo mucha diferencia entre mis camisas de cuadros y la que tú me traes.

–Para empezar, que esta no es de felpa. Y dios te libre de llevarla abierta con una camiseta debajo.

–Hay que ver lo mandonas que sois las mujeres en esta familia.

Mi madre me dedicó una mirada que no auguraba nada bueno, así que me disculpé con la excusa de que tenía que secarme el pelo y cerré la puerta. Por supuesto, no sólo no me sequé el pelo, sino que me tiré los siguientes diez minutos mirando fijamente las dos camisas que tenía sobre la cama: La que me había traído mi madre y la que pensaba llevar yo. Sí, efectivamente, era una camisa de cuadros. Me resigné, porque sabía que mi madre era perfectamente capaz de hacerme volver a mi habitación para cambiarme de camisa. Además, había hecho su propia concesión al no traerme una corbata a juego. Me puse su camisa azul pálido, la americana, unas zapatillas deportivas a juego con la camisa –o, al menos, eso me parecía a mí– y me preparé mentalmente para enfrentarme a la situación. El corazón debía latirme a doscientos por hora y tenía el estómago revuelto, pero pensé que rodeado de mi familia todo iría mejor, así que, sin

pensarlo mucho, abandoné la habitación.

Confieso que me bebí dos copas de vino casi de golpe. Necesitaba la falsa tranquilidad del alcohol. Y, aunque me encontraba mejor gracias a eso y a la charla intrascendente de Jaime y mis padres, que ya estaban por ahí, nada me preparó lo suficiente para enfrentarme a la visión de Eli bajando las escaleras. Ella siempre me había parecido una mujer preciosa, pero llevaba un vestido azul oscuro, con discretos brillos, que se ajustaba a sus curvas como si lo hubieran hecho para ella. Su pelo, siempre rebelde, que parecía flotar alrededor de su cabeza, se había convertido en una tonelada de tirabuzones. Además, se lo había recogido por los laterales en dos trenzas que convergían en la parte de atrás, con un lazo del mismo color que el vestido. Se había quitado las gafas y pintado los labios en un color rojo intenso. Estaba, simplemente, espectacular.

–Cierra la boca, cuñado –bromeó Jaime–, que te van a entrar moscas.

La vi avanzar hacia nosotros como a cámara lenta. Era pura armonía. Como una canción bien tocada o una de esas melodías que te envuelven sin querer. Sacudí la cabeza cuando mi cuñado, no contento con la bromita, se encargó de cerrarme la boca él mismo. Cuando volví a la tierra, Eli ya estaba a mi lado.

–No veo tres en un burro –confesó–. Me dejé las lentillas en casa.

Jaime se echó a reír.

–Deberías quitarte las gafas más a menudo. Vaya cambio.

–Es que las lentillas me resultan molestas. Llevo demasiado tiempo con mis gafas de pasta.

–Estás preciosa de cualquier forma –le dije yo, con más intensidad de la que pretendía.

Ella me miró con ternura, como si lo hubiera dicho por quedar bien. Pero era cierto. En lo que a mí respecta, Eli podría ponerse una bolsa de basura en la cabeza y la hubiera visto igual de bonita. Ay, señor, qué empalague tenía encima.

–Gracias, Caleb. Tú también estás muy guapo.

–Mi madre me ha amenazado y he tenido que quitarme mi disfraz de leñador. Estoy muy disgustado.

–Bueno, tortolitos, yo os dejo –interrumpió Jaime–. Voy a ver qué necesita mi mujer.

Se fue y mi adolescente interior se puso a dar botes de alegría. No me duró mucho, porque en cuanto desapareció escaleras arriba se abrió la puerta de la calle y entraron la señora Amparo, su marido y Don Perfecto.

–Hola, Álex. Oh, qué guapa estás, Isa.

Yo comprendía que mi nombre le costara trabajo, porque Caleb no es corriente en español y “Álex” se le daba un aire. Pero nunca entendería qué asociación mental hacía para llamar Isa a Eli. Me acerqué a la buena mujer y le di un beso en la mejilla.

–Está usted muy guapa, doña Amparo.

–Zalamero.

Me giré hacia Dani, que llevaba un traje de esos que se ve a distancia que cuestan un dineral, y tendí la mano hacia él. Don Perfecto la miró, luego me miró a los ojos... y dando un paso hacia delante me dio un abrazo. Uno de los buenos, de los que desbordan afecto o, como era el caso, una ofrenda de paz. Cuando se me pasó la sorpresa inicial, le palmeé la espalda.

–He sido un imbécil –susurró.

–Todo está bien.

No sé por qué le dije aquello. Pero parecía agradecido.

–Este pueblo me ha ayudado a curarme.

–Eso son los cocidos de Amparo, que son capaces de resucitar a un muerto.

Nos reímos todos, y Eli aprovechó para acercarse más a nosotros. Le dio un beso a Dani en la mejilla.

–Estás impecable. Como siempre. Si es que ya decía mi padre que eres un partidazo.

Eli se rio, como si hubiera hecho una broma que sólo entendía ella. Probablemente era así, pero yo sentí una puñalada en la boca del estómago. La puerta se abrió entonces, justo detrás de donde estaban los tres mosqueteros, y entró una chica pequeñita, con un vestido largo y vaporoso, dando saltitos.

–Madre mía del amor hermoso, hace un frío que pela y hay que ver lo difícil que es encontrar esta c... ¡Anda, Dani! ¡Hola! ¡Feliz último día del año!

Le dio dos besos mientras yo intentaba comprender algo. Christine salió entonces del comedor y se aproximó a nosotros. Me pasó un brazo por la espalda y lo dejó ahí. Las últimas noches del año siempre la ponen muy *soft*.

–Has llegado pronto –apuntó Eli, con una sonrisa de oreja a oreja–. Déjame que te presente. Chicos, esta es Soraya, mi mejor amiga. Sori, estos son... bueno, todos. Ya habrá tiempo de que los conozcas.

–Encantada de conoceros a todos. Eli ha hablado maravillas de vosotros. Y hablando de eso... ¿Dónde está?

–¿Quién?

–El chico ese que te tiene loca.

Eli se puso roja hasta la raíz del pelo y a mí se me hinchó el pecho como a un pavo real, lo reconozco.

–¡Sori! ¡Calla!

Di un paso hacia delante porque, qué demonios, de perdidos al río.

–Creo que soy yo. Caleb. Encantado.

–Pues sí, eras tú. Y Eli tenía razón. Eres muy mono.

–Por dios, que alguien le ponga un filtro a esta mujer –murmuró Eli.

–Oye, Dani, ¿eso quiere decir que estás oficialmente libre?

Dos palmadas en el aire nos sacaron –gracias a dios– de la conversación. Era Christine la que aplaudía.

–Bueno, venga, todo el mundo a cenar, que se nos hace tarde.

Nos dirigió como ovejas al redil. Y de igual forma nos distribuyó en la mesa, a nosotros y a todos los huéspedes que fueron bajando. Se encargó de que Eli y yo estuviéramos lo más alejados posible, seguramente por todo el drama que yo mismo había montado por la mañana. Así que Eli y Soraya estaban en un extremo de la mesa, junto a la señora Amparo y su marido, después estaba Dani, mis padres, Jaime y, en la otra punta, mi hermana y yo. Le dediqué una mirada lastimera a Eli y ella, que parecía estar a kilómetros de distancia, movió los labios, muy despacio, en mi dirección.

–A medianoche.

–Lo estoy deseando.

El resto de los invitados no tardaron en llegar y quedar impresionados por la decoración. Christine había hecho la cena, postres y turrones caseros incluidos, pero como no quería perderse la cena había contratado a dos chavales del pueblo que estaban deseando sacarse un dinero extra y que, a medianoche, comerían las uvas con nosotros y se unirían a la fiesta. Poco a poco sacaron los entrantes, unos platos llenos de embutidos, langostinos y pequeños canapés. A mi alrededor la conversación fluía en todas las direcciones, pero no me enteraba de nada. Eli y yo habíamos enganchado nuestras miradas a través de la mesa, y no hacía más que contar unos minutos que se

me estaban haciendo eternos. A mitad del primer plato ya tenía ganas de tirar la vajilla entera al suelo y correr por encima del mantel.

La voz de Jaime, más alta de lo normal, reclamó mi atención.

–Tu hermano se está quedando sordo –le decía a Christine.

–Mi hermano se está quedando idiota.

–No hace falta que me insultes.

–Pues vuelve a la tierra, que tienes toda la noche para estar con ella.

Me obligué a prestarles una ligera atención por aquello de ser buen hijo, hermano, cuñado y de todo en general, pero qué difícil era. Se me iban los ojos todo el rato.

Por fin, después de dos interminables horas y cuarenta y ocho insufribles minutos, convencí a mi hermana de que sería mucho más divertido si comíamos las uvas de pie por el salón, mezclándonos unos con otros.

–¿Unos con otros eh? Ya. Tú lo que quieres es mezclarte con una que yo me sé.

–Pero deja al chaval, Chris, por dios, que le vas a crear un trauma –me defendió mi cuñado.

Qué buen tío era, qué bien me caía. Qué saber estar, qué...

–Sí, hombre, a su edad...

–Pues a mí me parece una idea estupenda –intervino mi madre–. Que os tengo a todos muy vistos ya y quiero que Amparo me dé la receta del pan dulce.

Dicho y hecho, cogió su copa de cava y un trozo de turrón y se fue a hablar con Amparo, dejando a mi padre allí solo, bien aferrado a su copa. Fue como si hubieran dado el pistoletazo de salida de una carrera: todo el mundo se levantó justo después de que lo hiciera mi madre. Christine aprovechó para encender la tele y sintonizar a Ramón García. Yo no entendía muy bien por qué era tan fan de ese señor, pero año tras año nos tocaba ver sus campanadas, nos gustara o no. Y sin discusión posible.

Yo corrí al lado de Eli como si un hilo tirara de mí hacia ella. Había perdido el pintalabios, pero a cambio le brillaban los ojos con intensidad, lo que la hacía estar aún más guapa. Junto a ella estaba su amiga Soraya, que parecía estar en su salsa. Lo más sorprendente de todo es que estaba enfrascada en una conversación con Dani. De vez en cuando le tocaba el brazo y se reía sin causa aparente. Yo no era ningún experto en seducción, pero me daba la impresión de que la chica estaba tonteando con él. Miré a Christine alzando una ceja, pero ella se encogió de hombros y sonrió. Pobre Amparo, nunca conseguiría emparejar a su nieta. Después Eli me hizo un gesto y yo me acerqué a ella. De fondo, Ramón García hablaba de los cuartos. Todos cogimos de una mesa auxiliar los conos con las uvas que había preparado Christine. La señora Amparo, para entonces, ya se había comido tres.

–¿Vas a pedir un deseo de año nuevo? –me preguntó Eli.

–No sabía que se pedían deseos en nochevieja.

–¿No se piden cuando se soplan las velas en los cumpleaños? Pues con más motivo al empezar el año, ¿no?

–¿Tú ya has pensado el tuyo?

–Lo tengo claro desde hace bastante tiempo.

Nos habíamos ido acercando y yo puse una mano en su cintura. Todos los miedos que había sentido tan sólo unas horas antes se esfumaron en el mismo momento en que Eli se mordió el labio al acabar la frase. Y, justo entonces, empezaron a sonar las campanadas. A mí siempre me ha parecido que en el momento de comerse las uvas todos damos bastante vergüenza ajena y, al menos en aquel momento, cumplimos con mi teoría. Los camareros salieron de la cocina para

unirse a nosotros cantando la famosa canción de Mecano, Jaime se atragantó a la cuarta uva, Christine le ignoró completamente porque estaba desatada gritando “¡¡¡Atentos!!! ¡Es la quinta!”, sus padres, poco acostumbrados a eso de comer las uvas, corrieron a socorrer al yerno, la señora Amparo acabó con sus uvas cuando sonó la séptima campanada, adelantada como iba y con un saque digno de estudio. Dani parecía híper concentrado, Soraya dejó de lado su cucurucho para centrarse en el alcohol, Eli iba a su ritmo y yo... yo intentaba no morir atragantado, como mi cuñado, por culpa del ataque de risa que me había dado con aquel espectáculo.

Cuando por fin acabaron las campanadas, todo explotó a nuestro alrededor. Se desencadenó una lluvia de confeti y serpentinas, que volaban en torno a Eli y yo. No veía nada más allá de sus ojos y, sin poder contenerme más, la besé. Sus labios sabían a cava, a uva y a las ganas que nos teníamos. Fue un beso largo, de esos en los que pierdes la noción del tiempo. Cuando nos separamos, ambos sonreíamos.

—¿Era esto lo que habías deseado, Eli?

—Calla, bocazas.

Y volvimos a besarnos. Una y otra vez, hasta que a nuestro alrededor alguien empezó a aplaudir y silbar y nos dimos cuenta de que teníamos público. Sólo entonces nos atrevimos a soltarnos. Aquello se había convertido en un despiporre. Los que aplaudían eran los chicos que nos habían servido la cena, pero no sólo a nosotros. Soraya y Dani estaban dando un espectáculo no apto para menores, mis padres bailaban la canción de reguetón que estaba de fondo como si fuera una balada de Sergio Dalma y mi hermana y Jaime perreaban como si mis padres no estuvieran allí. Qué decía yo de la vergüenza ajena...

En cuanto pudimos escabullirnos sin que nadie nos echara de menos, Eli y yo nos fuimos de aquel salón. Primero cogí un par de copas y una botella de cava y me la llevé afuera, para que viera de primera mano el espectáculo de fuegos artificiales que organizaba, por su cuenta, un vecino del pueblo. Después, saqué dos pequeñas bengalas y las encendí con un mechero que llevaba en el bolso. Le di una y llené las dos copas de cava, igual que el día que la llevé de excursión.

—Por ti, Eli. Y por lo preciosa que estás esta noche.

Ella sonrió al recordar el primer brindis.

—Uy, no, no. No me gusta tener tanto protagonismo. Por nosotros. Y por los años que están por llegar.

Al acabarnos las copas y con una especie de mudo acuerdo, nos metimos en su habitación y, bajo la atenta mirada del señor Schwarzenegger, nos perdimos uno en el otro durante horas interminables.

Y así, la mañana de Año Nuevo nos pilló, a nuestra manera, bailando.

Epílogo

Año Nuevo.

El sol entraba ya a raudales por la ventana. Había vuelto a nevar la noche anterior y la estampa que se veía a través del cristal volvía a ser de lo más idílica. Al mirar el móvil me encontré varios mensajes de Soraya pidiéndome perdón por su lío con Dani, pero yo no pude hacer nada más que felicitarla. Ella era mucho más importante que cualquier tío, por muy ex novio mío que fuera.

Sin embargo, sí que había algo que me preocupaba. Me giré en la cama, para ponerme cara a cara con Caleb, que dormía como un bebé. Un bebé como dios le había traído al mundo, que todo hay que decirlo.

–Me ha dicho tu hermana que quieres tener hijos –solté.

Sí, podría haber tenido tacto, pero a esas alturas de la película, qué más daba todo ya. Caleb se puso una almohada encima de la cadera.

–¿Te parece que este es el momento para que hablemos de esto? Mis partes acaban de convertirse en una tortuga tímida.

–Tus partes estarán ya agotadas de tanta juerga. –Me reí–. Bueno, pero ¿quieres hijos, o no?

Caleb se puso serio y, por primera vez en lo que llevábamos de día, se puso la camiseta y la ropa interior.

–No sabía que íbamos a tener ya este tipo de conversaciones.

–Es que me voy en unas horas. No vamos a tener muchas más ocasiones

Y ahí estaba, el elefante de la habitación.

–¿Sabes que cuando Jaime se enamoró de Christine... ya no volvió a irse?

–No. No lo sabía. Y espero que no me estés pidiendo que me quede.

Caleb se estiró en la cama y se colocó bocarriba, a mi lado, pensativo. Dedicó unos segundos a darle vueltas a todo lo que había entre nosotros y, después, se giró para mirarme. Su mano izquierda se perdía entre el alboroto de mi pelo.

–Sí, Eli. Quiero hijos. Pero no ahora. Y bajo ningún punto de vista quiero que te quedes si no es lo que tú quieres. Si te he contado lo de mi cuñado es porque, aunque suene a locura, esa fue la forma que ellos tuvieron de hacer las cosas. ¿Quién nos quita de llevar nuestra relación como a nosotros nos dé la real gana?

Una sonrisa tiró de la comisura de mis labios.

–¿Qué me propones entonces, Caleb?

A él también se le escapó una sonrisa, una de esas gamberras que tanto me gustaban. Después se levantó, hincó una rodilla en el suelo y me provocó un infarto.

–¿Quieres tener una relación a distancia conmigo, hasta que sea nuestro momento? ¿Quieres que viajemos juntos, y que busquemos nuestros caminos?

–Sí, Caleb. Sí, quiero.

Nos besamos de nuevo, con pasión y, sobre todo, con algo que se parecía mucho al amor, aunque fuera pronto para saberlo. Él se separó ligeramente de mí y dejó un beso suave en mi hombro.

–Feliz Año Nuevo, Eli.

Agradecimientos

Cuando no pensaba escribir nada más este año, mis amigas llegaron para proporcionarme la inspiración que me faltaba. Delante de un café, me dibujaron a Caleb, a Eli y a Dani. Y lo demás salió rodado. Así que mi primer GRACIAS, en mayúsculas, es para ellas. Por los cafés con ideas, por estar a mi lado y hasta por tirar de mí cuando he tirado la toalla literaria. Sois enormes, amigas mías. Y gracias, especialmente, al pelo de mi querida amiga N. Me ha inspirado una barbaridad.

Gracias a mi marido, por creer en mí cuando quiero escribir un libro en dos semanas. Por tu arte haciendo mis portadas. Por tu apoyo. Por existir.

A mis padres, por todo lo que hacen por mí y por estar tan orgullosos de tener una hija escritora. Por quererme tanto. A toda mi familia, por la suerte que tengo de teneros en mi vida.

Y a la pequeña Xalane –y su mami–, porque sólo alguien muy especial nace tan cerca de la Navidad.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)